

RENDIDOS AL DESEO

Rendidos al deseo

Paige Howard siempre había deseado al magnate neocelandés Marc Corbett desde el día en que se conocieron… y el se caso con su mejor amiga.

Seis años después. Paige no había vuelto a sentir lo mismo por nadie y seguía siendo virgen. Entonces la herencia de su amiga volvió a reunirlos y volvieron a verse atrapados por una atracción más fuerte que su propia voluntad. Sin embargo, Paige jamás se entregaría a un hombre que solo deseara sexo…. por muy fuerte que fuera la tentación

El la deseaba… pero ella se negaba a dejarse llevar.

Capítulo 1

MARK, ¿será bailarina de desnudo o...? Hubo una significativa pausa y una risa a continuación

¿La habían tomado por prostituta?

Paige Howard se sonrojó de la cabeza a los pies, pero no dijo nada porque era obvio que la mujer no lo había dicho para que la oyera. ¿Cómo iba ella a saber que todo lo que se decía en el local se oía en las escaleras?

Había carteles muy explícitos en los que se anunciaban bailes y masajes.

Era un error comprensible que se creyeran que Paige trabajaba allí a cambio del dinero de los hombres, pero no estaba dispuesta a contarles la verdad: ¡Nunca había visto el local por dentro!

Tenía cosas más importantes en las que pensar. Preocupada, miró al bebé que tenía en brazos y que cada vez tenía más fiebre.

Aquella mujer y su Mark debían de ser turistas que habían ido con uno de los grupos a los que se le enseñaba los edificios Art Déco de Napier que habían sido construidos tras un terremoto hacía setenta años.

La pequeña ciudad situada en la Hawke Bay de Nueva Zelanda se había convertido en un destino muy atractivo para los amantes de la arquitectura y el buen vino.

Paige sabía que no iba a volver a ver a aquella pareja en su vida y, por tanto, le daba igual lo que pensaran de ella.

Le importaba mucho más que la hubieran echado del trabajo unas semanas atrás y que sus ahorros se estuvieran esfumando.

Cuando la fiebre de Brodie le había parecido demasiado alta, se había tenido que saltar las normas del club y había tenido que ir a buscar a su madre, que trabajaba allí. Sherry le había dado dinero para que lo llevara al médico y se había vuelto a bailar con lágrimas en los ojos.

Paige miró al niño y se preguntó cómo un bebé que hacía una hora estaba perfectamente normal podía haberse puesto tan mal. Estaba pálido y tenía unas terribles ojeras.

-Tranquilo, pequeño, ya vamos al médico. Te vas a poner bien...

Estaba ya casi en la calle cuando vio que el grupo de turistas salía de terminar la visita al edificio. Sin poderlo evitar, los miró y se encontró con unos ojos azules y un rostro aristocrático.

«No era Mark sino Marc», pensó sintiendo náuseas.

Marc Corbett.

-¡Paige!

Un pánico irracional se apoderó de ella y perdió pie en el último escalón. Para no caer sobre el niño, se giró en el aire, pero nunca llegó a tocar el suelo pues unas manos increíblemente fuertes la agarraron de la cintura y la apretaron contra su cuerpo hasta que recobró el equilibrio.

-Estoy bien -acertó a decir.

El grito de Brodie impidió que oyera la contestación de Marc. Además, estaba muy ocupada en recordar cómo había bailado con él aquel día...

-¿Qué demonios haces aquí? -le espetó él de repente.

Brodie dejó de llorar, pero se puso a retorcerse de dolor.

-¿Qué le pasa? -preguntó Marc preocupado.

-Está muy enfermo -contestó Paige mirando al niño, que había cerrado los ojos.

Le tocó la frente. Abrasaba, así que corrió hacia la puerta.

-Creo que tiene convulsiones -dijo la mujer que iba con Marc.

-¿Hay un médico por aquí? -preguntó Marc agarrando a Paige del brazo-. Entra en el coche -añadió señalando un enorme BMW.

Paige obedeció y le fue dando instrucciones a Marc, sin reparar demasiado en la mujer que lo acompañaba y que se había montado en el asiento de atrás.

-Creo que está un poco mejor -observó al ver que Brodie se había relajado.

-¿Respira bien? -preguntó Marc sin quitar los ojos de la carretera.

-Sí -contestó Paige.

De hecho, parecía que el niño se había dormido.

-¿Y el color?

-Normal.

Paige cometió el error de mirar a su interlocutor e inmediatamente sintió un gran dolor en la garganta, así que se apresuró a volver a mirar hacia delante.

«No es justo», pensó.

No era justo que Marc Corbett apareciera en su vida cuando ésta parecía estar desintegrándose.

Seguía teniendo aquel brillo especial en los ojos. Seis años no le habían restado un ápice de su atractivo. Aquellos ojos azules como el zafiro eran peligrosos. Mirarse en ellos era como entrar en el centro de una tormenta eléctrica.

¿Cuántas veces había visto a un hombre alto y moreno y había creído que era él?

Demasiadas.

Nunca había sido él y menos mal porque seis años atrás se había casado con Juliette, su amiga de la infancia.

Paige sintió un nudo en la garganta al recordar cómo había muerto hacía dos años en un absurdo accidente de tráfico.

La mujer del asiento de atrás se inclinó hacia ella.

-Pobrecito -se apiadó-. ¿Qué le pasa?

Parecía tan sinceramente preocupada que Paige le perdonó el comentario tan horrible que había hecho sobre ella.

-Tiene fiebre y le pica todo el cuerpo. Creo que podría tener varicela -contestó rezando para que no fuera meningitis.

Al ver el hospital, Paige suspiró aliviada.

-Déjame aquí -le indicó a Marc-. A la izquierda, ya sabes.

-Sé que estoy en Nueva Zelanda, sí --contestó él con un leve acento francés heredado de su madre.

Paige lo miró y se volvió a encontrar con aquellos ojos de aquel empresario dueño de un imperio comercial. Tragó saliva nerviosa.

Encontrarse con Marc había sido una horrible coincidencia, pero la iba a dejar allí e iba a desaparecer de su vida de nuevo.

Que era, exactamente, lo que ella quería.

El lujoso coche aparcó en un hueco libre y, mientras miraba preocupada a Brodie, Paige se preguntó si Marc Corbett habría tenido que buscar un espacio para aparcar en alguna otra ocasión de su vida.

Probablemente, no. Su determinación y su carisma conseguían apartarle todos los obstáculos del camino como por arte de magia.

-Muchas gracias -dijo Paige desabrochándose el cinturón.

-Espera.

Pero Paige no esperó. Para cuando Marc había dado la vuelta al coche, ella ya había abierto la puerta.

-Es mejor hacer lo que te dice -se rió la mujer del asiento de atrás-. Es un hombre muy dominante.

Paige sintió escalofríos al detectar la significativa inflexión de voz en la palabra «dominante».

¿Sería aquella mujer Lauren Porter? ¿Por qué no? Un hombre que era capaz de mantener a una amante durante los cuatro años de matrimonio, no tenía por qué dejarla tras la muerte de su mujer.

Marc la ayudó a salir del coche y, en cuanto lo hizo, apartó las manos como si lo hubiera contaminado.

-¿Estás bien? -le preguntó.

Su voz era fría como el acero, pero Paige sintió una diabólica combinación de estimulación y miedo, además de algo mucho más fuerte y enervante, un gran alivio, como si hubiera estado perdida mucho tiempo y la acabaran de encontrar.

-Sí, gracias -contestó corriendo hacia el hospital.

Mientras la enfermera buscaba en el ordenador los datos del bebé, Paige miró hacia la puerta justo a tiempo de ver a la acompañante de Marc, vestida con un elegante conjunto de diseñador, pasarse al asiento delantero.

Inmediatamente, el coche desapareció.

Seguro que Marc estaba tan contento de perderla de vista como ella a él. Paige se dirigió a la sala de espera sintiendo una gran desilusión y un profundo deseo físico.

Se sentó en una silla y abrazó a Brodie, que ya se había despertado. La mujer que acompañaba a Marc encajaba con la descripción que Juliette le había hecho.

Era de la misma altura que Marc y tenía incluso el mismo color de pelo. Su amiga le había dicho que tenía unos ojos preciosos.

«Grises como el alba inglesa», le había dicho Juliette.

Y era cierto.

-Es inglesa y lista, tiene un puesto directivo en la empresa de Marc. Dice que es brillante -le había dicho su amiga por teléfono-. Por lo menos, no me avergüenza. Ha sabido elegir a su amante. Es preciosa y viste en firmas francesas.

-¿Estás segura de todo esto? -le había contestado Paige-. ¿Te lo ha confirmado él?

-No, claro que no -había contestado Juliette-. Ni se lo he preguntado ni se lo voy a preguntar. No me hace falta. Los he visto juntos y con eso me basta. Son muy discretos, pero hay una conexión entre ellos que salta a la vista.

-¿Te refieres a que flirtean delante de ti?

-No, Marc nunca me humillaría de esa manera, pero hay un vínculo entre ellos. Si los vieras, lo entenderías.

Paige decidió no pensar más en aquello. Debía concentrarse en Brodie y en pensar cómo alargar sus ridículos ahorros hasta encontrar otro trabajo.

Cuando media hora después, salió al sol de invierno y oyó la voz de Marc no se sorprendió demasiado. De alguna manera, había sospechado que la iba a estar esperando.

-¿Tenía varicela al final? -le preguntó secamente.

-Sí -contestó dándose cuenta aliviada de que estaba solo-. Lo siento, no tengo tiempo de hablar. Tengo que ir a la farmacia y quiero llevar a Brodie a casa cuanto antes.

-Te llevo -se ofreció él al instante.

-No, gracias -contestó Paige.

No quería que viera que vivía en un minúsculo apartamento

situado detrás de una hamburguesería.

-¿Cómo que no? El niño está enfermo.

-Sí, pero la varicela no es mortal. No pasa nada -añadió haciendo una pausa maliciosa- a no ser que no la hayas pasado, claro. Es muy contagiosa, ¿sabes?

-He pasado todas las enfermedades que se pasan de pequeño -contestó Marc-. ¿Y tú?

-Sí, la pasé a la vez que Juliette. De hecho, creo que se la pegué yo.

El nombre de su esposa no le hizo ni parpadear.

-Insisto en llevarte a casa. Dame la receta. Tú espérame con el niño en el coche mientras yo voy a la farmacia.

Marc la estaba mirando con ojos escrutadores y Paige se puso nerviosa. Aquel hombre era inteligente hasta límites insospechados. Por algo había convertido la empresa familiar en un imperio mundial.

-No hace falta, gracias -contestó Paige

Tras entrar en la farmacia y cerrar la puerta, se dio cuenta de que la había seguido, callado y cauteloso como un depredador, que era exactamente lo que era.

A su padre la prensa financiera lo apodaba el Barón Ladrón. Con Marc no se habían atrevido a llegar a eso, pero Paige sabía que tenía fama de ser muy duro con sus adversarios.

Brodie se puso a llorar mientras Paige buscaba la receta.

-Dámelo -le ordenó Marc.

Paige lo miró sorprendida.

-No le gustan los desconocidos -contestó.

Marc enarcó una ceja y Paige sintió que el corazón se le llenaba de recuerdos dolorosos.

-Entonces, dame la receta.

-Ya puedo yo, gracias -insistió Paige.

Pero, en ese momento, Brodie comenzó a retorcerse. Mientras lo tranquilizaba con palabras y caricias, Paige notó la mano de Marc en el bolsillo del vaquero.

-Espérame aquí -le dijo yendo al mostrador con la receta en la mano.

Paige, sorprendida por el inesperado contacto, lo siguió con la mirada. La admiración que sentía por aquel hombre estaba más que justificada teniendo en cuenta las espaldas, las piernas y el trasero que tenía, pero, sobre todo, por el aura de poder que irradiaba a su alrededor.

Sintió una atracción dolorosa y prohibida.

Horrorizada, le pareció que los últimos seis años habían sido una pesadilla de la que acababa de despertar.

«No seas ridícula», se dijo. «Es como papá. El matrimonio no significa nada para él».

Brodie se metió el puño en la boca y chupó, pero al darse cuenta de que aquello no se comía se puso a berrear desconsolado.

-Vámonos antes de que se coma la mano -dijo Marc agarrando a Paige del brazo.

Paige se dio cuenta de que no tenía nada que hacer. Por alguna extraña razón, Marc Corbett había decidido llevarla a casa.

Aunque odiaba rendirse, comprendió que era más importante darle la medicina y el biberón a Brodie. Además, quería llamar a Sherry cuanto antes para decirle que su hijo sólo tenía varicela.

Una vez en el coche, inundado por el perfume de la otra mujer, Paige le dijo cómo llegar hasta su casa. El aroma que desprendía el coche hablaba de sensualidad, de modernidad, de dinero y de privilegios con los que ella no podía ni soñar.

Era difícil encontrar un lugar feo en Napier, pero, al ver su barrio a través de los ojos de una persona que lo tenía todo, se lo pareció. Lo único que lo salvaba eran los árboles.

-Es el veintitrés -le indicó con un gusto amargo en la boca.

Marc aparcó el coche, apagó el motor y, sin quitar las manos del volante, se quedó mirando el bloque de ladrillo rojo con sus ventanas de aluminio y sus terracitas de hormigón.

La única que tenía colorido era la de Paige porque se había empeñado en poner multitud de flores.

-Gracias -dijo deseando perder de vista a Marc cuanto antes.

-Dame al niño -le dijo sorprendiéndola de nuevo.

-Ya puedo yo.

-Te será más fácil bajar del coche si te lo sostengo.

Paige dudó.

-¿Tienes miedo de que lo secuestre?

-Por supuesto que no.

-Te aseguro que no se me va a caer -le aseguró.

Paige acabó entregándole a Brodie. Marc salió del coche con el niño agarrado con firmeza. Todos sus movimientos eran seguros e irradiaban confianza en sí mismo.

-Tú abre la puerta -le indicó-. Del niño ya me ocupo yo -le dijo cuando Paige fue a tomarlo en brazos.

Paige no tuvo más remedio que sacar la llave del bolso y abrir la puerta. Lo tenía a pocos centímetros de sí. Marc entró casi rozando el dintel con Brodie, el muy traidor, callado.

Se quedó parado en mitad del vestíbulo, sobre la alfombra manchada de todo tipo de cosas, escudriñando la horrible habitación.

Paige sintió ira mientras lo veía mirar el viejo sofá, la mesa con dos sillas y la minúscula cocina que daba a un muro.

A pesar de sus esfuerzos, sabía que el lugar era horrible. Ni siquiera sus macetas de flores podían cambiar esa realidad.

¿Y qué?

Decidida, echó los hombros hacia atrás. No se avergonzaba de vivir allí.

Marc miró a Brodie, que se limitó a babearle la camisa.

-Oh, lo siento -dijo Paige rezando para que no se le notara el enfado.

-No pasa nada -contestó Marc observando al pequeño, que se había vuelto a meter el puño en la boca-. No sé mucho de niños, pero parece que tiene hambre, ¿no? -añadió casi sonriendo.

-Sí, pero primero hay que cambiarlo de pañales y darle la medicina. Mientras, voy a poner un biberón -contestó Paige yendo hacia la cocina y mojando un trapo.

Se lo entregó a Marc, quien lo ignoró. -Mientras preparas todo, ya me ocupo yo de él -se limitó a decir.

Paige asintió y sacó del frigorífico el biberón ya preparado. Al enchufar la tetera eléctrica, salieron del enchufe las chispas de costumbre.

-¡Ten cuidado! -exclamó Marc.

-No pasa nada, estoy acostumbrada -contestó Paige sintiéndose momentáneamente aliviada por su preocupación.

-Es peligroso.

«No tanto como tú», pensó Paige. «Además, no tengo dinero para arreglarlo».

Marc se quedó mirando con el ceño fruncido la mesa y la máquina de coser que había encima.

-¿Qué te ha pasado? Lo último que supe de ti fue que seguías viviendo con tu madre y un primo en un pueblecito llamado Bellhaven. Trabajabas para él, ¿no?

Se lo debía de haber contado Juliette.

-¿Cómo es que has terminado en esta casucha?

-añadió matando cualquier rastro de simpatía. Paige levantó el mentón.

-Será una casucha para ti, pero el resto de los

mortales lo consideramos básica aunque adecuada -contestó educadamente-. En cuanto a cómo he terminado aquí, muy fácil. Lloyd, el primo de mi madre, murió y vendieron la granja.

-¿Cuándo?

-Hará un año. Nos vinimos a vivir a Napier porque a mi madre le

pareció un buen sitio para vivir -añadió-. Por desgracia, para ella fue un buen sitio para morir.

-¿Qué le pasó? -preguntó Marc en un tono sorprendentemente amable.

-Se fue a pasear a la playa y se ahogó -contestó Paige.

-Lo siento. Sé lo unidas que estabais -dijo Marc todavía más amable-. ¿Cuándo fue eso?

Aquello la hizo parpadear.

-Hace cinco meses -contestó.

En ese momento, sonó la tetera y Paige terminó de preparar el biberón.

-¿Y el padre del niño?

Hasta entonces, a Paige no se le había ocurrido que Marc podía pensar que Brodie era suyo.

« ¡Qué tonta soy! Me encuentro con él y se me queda la cabeza a pájaros», pensó.

Iba a. decirle que el niño era de Sherry, pero Brodie se puso a llorar.

-No está. Dámelo. Voy a cambiarlo y a ponerle crema. Le pica todo -dijo perdiéndose tras una puerta sin mirar atrás.

Una vez a solas, Marc sonrió ante la ironía.

Estaba claro que Paige no quería que estuviera en su casa y él no quería estar allí. En otras circunstancias, le habría hecho gracia que Paige se hubiera mostrado resentida por haberse encontrado y haber tenido que confiar en él, un hombre al que despreciaba, sólo porque su hijo estaba enfermo.

Sin embargo, lo único que le importaba era que no lo quería en su casa, era obvio, pero cada vez que se acercaba a ella Paige reaccionaba como un animal acorralado y exudaba feromonas por los cuatro costados.

ARC miró a su alrededor.

Aquel lugar debía de ser espantoso cuando Paige llegó. Se notaba que había hecho todo lo que había podido y lo cierto era que le había sacado provecho, teniendo en cuenta la mala calidad de los materiales.

Estaba seguro de que había sido ella quien había pintado en amarillo la estancia, aportándole luz y calidez.

Había algo brillante sobre la mesa que le llamó la atención. Se acercó y vio que era un minúsculo vestido. Estaba claro que quien lo llevara dejaba al descubierto buena parte de sus pechos, su cintura y sus piernas.

Así que Lauren tenía razón. Además de madre soltera, Paige no

había tenido suerte en la vida y había terminado dedicándose a ser bailarina de desnudo o algo parecido.

Se notaba que la vida no le había sonreído desde la muerte de su madre. Su desconfianza ante los hombres demostraba que se había puesto una coraza para no sufrir.

¿Quién sería su pareja? ¿Por qué no estaba allí con ella y con el niño?

Capítulo 2

Apretó los puños y maldijo con desprecio. «Ojala pudiera hablar unos minutos con él», pensó enfadado.

Le iba a enseñar lo que pensaba él de un hombre que deja embarazada a una mujer y la abandona a continuación.

Bajo el desprecio, sintió algo mucho más primitivo: la rabia de que otro hombre hubiera estado con la mujer que deseaba. Tuvo que admitírselo a sí mismo e intentó racionalizarlo.

No era más que deseo, puro deseo, y si se dejaba llevar por él acabaría siendo igual que los hombres que pagaban por verla bailar medio desnuda.

Aunque no pudiera dejar de desearla, desde luego sí podía controlarse.

De repente, un recuerdo vívido y actual, se le coló en la mente. Habían bailado en su boda porque ella había sido la madrina.

Recordaba su aroma particular, cómo se movía su cuerpo y su inocente sensualidad. Paige tenía entonces diecisiete años y estaba tan emocionada que no había podido disimular su excitación y lo había mirado con pura necesidad femenina.

El deseo volvió a apoderarse de él.

«Debe de ser una buena bailarina», pensó enfadado.

Incluso después de haber sido madre, tenía un cuerpo maravilloso.

Apenas había cambiado. Su pelo rubio seguía brillando como la miel y seguía teniendo las mismas pintitas amarillas, como pepitas de oro, en mitad de aquello ojos verdes tan bonitos.

Tenía además una boca de pecado y se enfrentaba a la vida con la cabeza bien alta y mirada desafiante.

En la habitación de Sherry, Paige cambió de pañales a Brodie y le puso unos pantalones limpios. Tras ponerle crema, el niño estaba mucho más tranquilo.

-Vamos a tomar la medicina -le dijo besándolo en la nariz.

Volver al salón le costó un gran esfuerzo pues ningún hombre la había excitado en su vida como el que estaba allí esperándola. Le bastaba tocarla de manera accidental para que ella sintiera una descarga eléctrica por todo el cuerpo.

Y a él le pasaba lo mismo. Lo había visto en sus ojos.

El deseo era mutuo.

Por eso, no lo había sacado del error y le había dejado creer que Brodie era suyo. Marc no era el amante más indicado para perder la virginidad.

¿Y qué estaba haciendo en Napier?

Desde luego, no había ido a buscarla pues su sorpresa al encontrarse había sido tan genuina como la de Paige.

Se forzó a volver al salón y a enfrentarse a la situación.

-Ya te he medido la dosis del medicamento -la informó Marc con voz fría.

-Gracias.

A Brodie no le gustó mucho la experiencia. Escupió y tosió, sacó la lengua y pataleó, pero, al final, Paige consiguió que se tomara las gotas.

-¿Por qué no vive su padre con vosotros? -le preguntó Marc de repente.

-Porque está en Australia -contestó Paige probando el biberón.

Estaba a la temperatura perfecta, así que se sentó en el desvencijado sofá para dar de comer a Brodie.

-¿Y no te vas a reunir con él?

-No -contestó Paige sin apartar los ojos del niño para no encontrarse con los de Marc-. Vamos, pequeño, tienes que tomar un poco más -añadió al ver que Brodie se sacaba la tetina del biberón de la boca.

Sin poderlo evitar, corrió el riesgo de levantar la cabeza un segundo y se encontró con el magnífico cuerpo de Marc Corbett ocupando su campo de visión.

-Muchas gracias por todo -le dijo sintiéndose perdida-. Cierra la puerta al salir. Ni caso.

-Cuéntame por qué vives así -dijo Marc sentándose en el otro lado del sofá.

Paige intentó controlar la ira.

-En comparación con cómo viven otros, no está tan mal -contestó.

Marc enarcó una ceja con incredulidad, pero le habló con cortesía.

.-No seas evasiva. ¿La muerte de tu madre supuso un duro golpe económico?

Paige sintió que comenzaba a perder la compostura.

-Los gastos del entierro fueron muy altos.

Marc hizo una pausa.

-¿Cómo es que el primo de tu madre no os dejó nada?

-¿Por qué lo iba a hacer? Tenía un hijo -contestó Paige-. Lloyd se portó muy bien con nosotras. Nos dejó vivir en su casa durante años.

Marc no parecía convencido.

-Juliette me contó que tu madre se ocupaba de tener la casa impoluta y que tú le llevabas el negocio.

-Nos pagaba por ello -contestó Paige.

«No era mucho, pero suficiente para vivir», pensó.

-Era un egoísta -sentenció Marc-. Debería haberte mandado a la universidad.

Paige se mordió el labio.

-Mi madre me necesitaba -le explicó-. Cuando mi padre nos abandonó, tuvo ataques de ansiedad y depresión -añadió recordando a su madre tendida en la cama durante semanas.

Marc frunció el ceño.

-¿No le pusieron tratamiento?

-No le fue bien ninguno -contestó Paige-. En cualquier caso, fuimos felices aquí. Aunque a ti te parezca un horror, a mi madre le sentó bien el cambio. Yo encontré trabajo en una empresa y todo parecía ir bien, hasta que... me echaron y mi madre murió.

¡Qué orgullosa de sí misma se había sentido cuando le habían dado el trabajo! Con la poca experiencia que tenía, únicamente como contable de una granja, no había tenido muchas esperanzas, pero en la empresa le habían dado una oportunidad y había decidido aprovecharla al máximo.

Poco después, descubrió que su jefe la miraba demasiado y tenía la mano muy larga. Cuando amenazó con denunciarlo por acoso sexual, le contestó que la había contratado precisamente porque parecía fácil, porque tenía pinta de ser la típica víctima de acoso sexual.

Paige le puso los puntos sobre las íes y el jefe la dejó en paz un mes, pero la despidió.

Desde entonces, no tenía trabajo. Había buscado, pero no había encontrado nada. Nadie quería contratar a una mujer con prácticamente ninguna experiencia laboral.

Marc observó aquel perfil pálido y orgulloso y maldijo en francés. Decidió no seguir preguntando aunque algo en sus ojos le dijo que había más.

¿La habrían violado? La sola idea lo hizo enfurecer y sentir náuseas. No quería interrogarla al respecto y, además, tenía otras maneras de averiguarlo.

-¿Cuánto tiempo estuvo tu madre con depresión? -le preguntó.

-Desde que la familia de Juliette volvió a Francia -contestó Paige viéndolo enarcar una ceja-. Mi padre se fue con su secretaria y mi madre se vino abajo -le explicó.

-¿Mantienes contacto con tu padre?

-Ha muerto también.

-¿Durante cuántos años fuiste vecina de Juliette? -continuó Marc con interés.

-Unos ocho años -contestó Paige más tranquila.

El padre de su amiga era diplomático y, aunque se llevaban varios años, habían sido muy amigas.

Marc se echó hacia atrás en el sofá. Olía a limpio, como el resto de la casa, pero le horrorizaba verla vivir allí.

-¿Qué planes tienes?

Paige le clavó sus ojos verdes.

-Ahora mismo, encontrar trabajo -contestó dejando el biberón en la mesa junto a una caléndula.

-¿En qué?

Paige no contestó. Tomó a Brodie y se lo puso en el hombro para sacarle los gases.

-Veo que te interesan las plantas -apuntó Marc viendo el grueso tomo de botánica que Paige había sacado de la biblioteca.

-Me gustan las flores, sí. Me parece fascinante el mundo de los viveros -contestó recordando su viejo sueño.

De pequeña había decidido estudiar Botánica y Biología para trabajar en un vivero. Su sueño se había ido por la borda cuando comprendió que su madre no podía vivir sin ella.

-A Juliette no le gustaría nada verte así -apuntó Marc.

¿No se daba cuenta de que su adulterio era lo que no había gustado nada a su mujer? La indignación la hizo contestar de malas maneras.

-Me las apaño bien y, además, Juliette lleva muerta casi dos años.

-No hace falta que me lo recuerdes -dijo solemne cerrando los ojos un momento.

Cuando los volvió a abrir, la miró de nuevo con frialdad.

Paige recordó que la había llamado para darle la fatal noticia. Cuando Paige había estallado en sollozos, se había mostrado amable, pero distante.

Había leído los detalles en los periódicos. Juliette iba en su limusina subiendo un escarpado puerto de montaña en Italia y un camión sin frenos los había embestido. Tanto Juliette, como su chofer y el conductor del camión habían caído por un precipicio y habían muerto.

Por lo menos, había sido rápido. La tranquilizaba pensar que apenas le habría dado tiempo de enterarse.

Paige parpadeó para no llorar y obligó a Brodie a seguir chupando.

-Lo siento -se disculpó Marc-. Tú también la debes de echar de menos -añadió tocándole la mano.

Paige lo miró a los ojos y, de repente, pensó que lo único que le importaba en el mundo era aquel hombre.

Antes de que le diera tiempo de hacer algo estúpido, como suspirar

o inclinarse hacia él, Brodie eructó y se puso a llorar.

Agradecida, Paige se lo puso al hombro y le dio unos golpecitos en la espalda. Mientras recapacitó sobre lo poco que tenía en común con Marc

Corbett. Él procedía de un mundo de inmensa riqueza, poder y privilegios.

Aunque la deseara, la diferencia entre ellos era insalvable.

«No debo olvidarlo nunca», se dijo poniéndose en pie.

-Lo voy a acostar -anunció-. Gracias por traernos a casa -añadió mirándolo y sintiendo que se le encogía el corazón.

Marc se había puesto en pie también y, aunque ella era alta, su altura la envolvía.

-¿Puedes encontrar una canguro? -le preguntó.

Paige tragó saliva e hizo un gran esfuerzo para no mojarse los labios.

-¿Porqué?

-Contéstame.

-No tengo por qué contestarte. No trabajo para ti ni estoy interesada en ganarme tu favor. No tengo por qué contratar a una canguro porque no tengo ninguna intención de dejar a Brodie.

Otra evasiva. Rezó para hacerlo enfadar tanto que no se diera cuenta. Se giró y se dirigió a la diminuta habitación del pequeño.

-En ese caso, vendré mañana por la mañana con el desayuno.

-No -contestó Paige helada.

-¿Por qué no?

Paige negó con la cabeza. No quería volver a verlo.

Enfadada, abrió la puerta que daba al minúsculo vestíbulo.

-Porque no te quiero ver -contestó con las mandíbulas apretadas.

-¿Aunque tengamos cosas de las que hablar?

-¿De qué demonios vamos a tener que hablar tú y yo? Juliette ha muerto y ella era lo único que teníamos en común.

-Por desgracia, eso no es cierto -apuntó Marc-. En estos momentos, estás demasiado preocupada por Brodie como para concentrarte. Seguro que mañana por la mañana estará mucho mejor y podremos hablar con tranquilidad.

Paige lo vio salir a la calle soleada y cerrar la puerta.

Miró a Brodie y le acarició la mejilla mientras observaba cómo el sol arrancaba reflejos dorados de su pelo. Aquel hombre parecía un ser de otro planeta, era tan viril que irradiaba una energía especial que despertaba en ella sus deseos más secretos.

Deseos peligrosos y sin esperanza. Paige se giró asqueada por la traición de su cuerpo.

Mientras arropaba a Brodie, tras depositarlo en su cuna, se acordó de Juliette. Sólo llevaba dos años casada cuando la había llamado desde Nueva York para hablarle de sus sospechas sobre la infidelidad de su marido.

Paige, que en aquellos momentos estaba destrozada porque su padre acababa de abandonarlas, le dio un consejo rotundo.

-Déjalo -le dijo.

-No, eso sería una estupidez -contestó Juliette-. Es sólo una aventura.

-¡Pero no vas a poder confiar en él nunca más! -contestó Paige sorprendida.

-Confío en que nunca me va a hacer lo que tu padre le ha hecho a tu madre. Sé que Marc nunca me traicionaría así.

Paige se había quedado entonces sin palabras.

-Marc y yo nos entendemos. Marc no es como tu padre y yo no soy como tu madre. Tenemos un buen matrimonio y, aunque a simple vista, conceptos como el sentido común y el pragmatismo pueden sonar un poco aburridos no están mal para cimentar una unión que va a durar toda la vida.

-Si es así, ¿por qué te molesta tanto que tenga una aventura con otra?

-Bueno, me duele -suspiró su amiga-. Sin embargo, yo no soy todo fuego y pasión como tú. Marc y yo hablamos antes de casarnos y dejamos muy claro el tipo de matrimonio que íbamos a tener. El fue especialmente sincero.

-¿Te dijo que iba a tener aventuras? -preguntó Paige atónita.

¿De dónde habría sacado Marc aquella idea medieval sobre la fidelidad y el honor en el matrimonio? ¿Sería que Juliette lo veía como el camino para tener hijos y enriquecerse?

-¡Claro que no! -rió su amiga-. Me dijo que no se creía capaz de sentir el amor tal y como lo describían los poetas, pero que me quería mucho y que quería tener hijos conmigo. Me gustó la idea porque, entre tú y yo, no soy nada romántica, ¿sabes? No creo que pudiera tener una relación demasiado apasionada. La pasión no hace sino destruir la vida de la gente. Mis hijos no van a tener que preocuparse de que sus padres se vayan a divorciar porque uno de ellos se haya enamorado de otra persona. Marc y yo vamos a estar siempre juntos.

Paige sintió el mismo escalofrío por la espalda que había sentido entonces. Tal vez, a su amiga le valiera con aquello, pero ella nunca aceptaría un compromiso tan ambiguo por parte de un hombre.

En realidad, no estaba dispuesta a aceptar nada de un hombre. La vida sin hombres era mucho más tranquila. Se estremeció al recordar

el espantoso año que había pasado su madre tras el divorcio.

Arriesgarse a sufrir era de locos.

En ese momento, oyó pasos rápidos sobre la acera, miró por la ventana y vio que era Sherry, que acababa de bajarse de un taxi y corría hacia casa con las llaves en la mano.

-¿Cómo está? -preguntó nerviosa al entrar.

-El médico ha dicho que es varicela -contestó Paige-. Le he puesto la crema que me ha dicho y parece que le ha ido bien.

-¿Tiene fiebre? -preguntó Sherry corriendo hacia la habitación de su hijo.

-Sigue teniendo décimas, pero hace poco que se ha tomado la medicación.

Sherry asintió y entró en la habitación de Brodie. Una vez a solas, Paige oyó el ronroneo de un motor que se le hacía familiar. Miró por la ventana y vio el BMW de Marc.

No podía ser, pero allí estaba. Lo vio sacar algo del asiento del copiloto y dirigirse de nuevo hacia su casa.

Llamó a la puerta con cuidado para no despertar al niño y Paige se apresuró a abrir. Sólo para que no se despertara Brodie, por supuesto.

-¿Qué quieres? -le espetó.

-Toma -contestó Marc entregándole una bolsa.

-¿Qué es eso?

-Una tetera nueva.

-No la quiero -masculló Paige-. Por favor, vete.

-Sí, pero me voy a llevar esto -contestó Marc metiendo la tetera vieja en la bolsa y sonriendo triunfal.

-No quiero nada tuyo -insistió Paige acompañándolo de nuevo a la puerta.

-Es la segunda vez que me dices eso -le recordó Marc.

-No sé de qué me hablas -contestó Paige.

-Me dijiste que no querías el medallón, ¿te acuerdas?

Paige se quedó helada. Marc sonrió y le tocó los labios con el dedo índice haciéndola sentir un intenso calor por todo el cuerpo que la obligó a cerrar los ojos.

-No te va a servir de nada -le dijo él con desprecio-. Es deseo, Paige. Nos conocimos y nos deseamos. No lo hemos olvidado, no hemos podido porque... seguimos deseándonos.

Paige abrió los ojos lívida.

Al ver la expresión de cólera y amargura de Marc, se quedó sin palabras.

-A pesar de todo -añadió él.

Y la besó. Fue como un castigo para ambos porque la pasión estalló

entre ellos en el mismo instante en el que sus labios se rozaron.

Sólo fue un momento.

Marc maldijo en francés y se alejó como si le diera asco.

Paige se quedó agarrada a una silla con fuerza mientras él salía por la puerta. Sentía una extraña mezcla de ira y terror.

-¡Guau! -exclamó Sherry-. Vaya, vaya. Desde luego, si me enamorara de nuevo, sería de ese hombre.

-Ni se te ocurra -le espetó Paige-. Ya tiene una mujer. Es alta, guapa y superelegante, como él -añadió-. Brodie está mejor, ¿verdad?

Sherry asintió.

-Está profundamente dormido -contestó mirando la bolsa-. ¿Qué es esto?

-Una tetera eléctrica. Al hombre del que te podrías enamorar no le gusta la nuestra -intentó sonreír Paige.

-¿Y qué hacemos con ella?

-Lo que tú quieras porque la estropeada es tuya...

-Bien, pues nos la quedamos.

Paige se quedó mirando por la ventana mientras Sherry sacaba de la caja la nueva adquisición y la colocaba en su sitio. Se sentía como si sus sentimientos estuvieran en mitad de un ciclón volando incontrolados y destruyendo todo lo que encontraban a su paso.

-Es buena. Voy a preparar café para estrenarla -anunció Sherry-. He tenido un día horrible y necesito un poco de energía -suspiró.

Paige se dejó caer en el sofá y decidió que ella, también.

Sentía todavía los labios de Marc, pero estaba como un manojo de espárragos demasiado cocidos.

«Esto debe de ser lo que pasa después de un subidón de adrenalina», pensó.

Capítulo 3

¿Y QUIÉN es? -preguntó Sherry como quien no quiere la cosa.

-El marido de mi mejor amiga -contestó Paige.

-¿La que se mató en un accidente de coche? Paige asintió.

-¿Es el francés?

-Su madre es francesa -le aclaró Paige-. Su padre era neozelandés.

-A mí me parece que tiene más pinta de francés que de neozelandés. El tipo es puro macho mediterráneo. ¿Y qué hacía aquí? ¿Ha venido a hablar contigo por algo en especial?

-No -se rió Paige-. Nos hemos encontrado por casualidad justo cuando salía de hablar contigo.

-¿Te lo has encontrado a la salida del club? -dijo Sherry asqueada-. Espero que le hayas dicho que no eres bailarina...

-No le he dicho nada porque no es asunto suyo -contestó Paige.

Sherry asintió y sirvió dos tazas de café.

-¿Por qué no dejas el strip-tease? -le dijo Paige aceptando una de ellas-. Lo odias y...

-Lo dejaré cuando haya pagado las deudas del canalla de mi marido y cuando haya ahorrado para poder darle un buen futuro a Brodie -contestó Sherry con decisión-. Yo no soy lista, como tú. Lo único que puedo ofrecer es mi cuerpo y un buen sentido del ritmo. ¿Qué puedo hacer? El único trabajo decente con esas cualidades es bailar. También podría echarme a la calle, pero no pienso hacerlo jamás.

-Por supuesto que no.

-Malditos hombres -se quejó Sherry sentándose en el sofá-. Te aseguro que pienso educar a mi hijo en el respeto a las mujeres. Va a estudiar, no va a hipotecar la casa para gastarse el dinero en el casino y no va a huir cuando lo descubran, como su padre.

-Por los hombres responsables -brindó Paige.

-Por ellos -dijo Sherry.

Pero ambas estallaron en carcajadas.

Una vez en la cama, como no se podía dormir, Paige se encontró recordando la primera vez que había visto a Marc Corbett.

Sólo tenía diecisiete años y estaba tan emocionada que no era capaz de decir dos frases juntas.

Juliette había anunciado de repente que se casaba y le había enviado dos billetes en primera para París para su madre y ella. Su madre no había querido ir, pero Lloyd insistió en que Paige fuera y se ofreció a pagarle los gastos.

Ojala se hubiera quedado en Bellhaven. Habría estado mucho más

a salvo.

Todo había comenzado maravillosamente bien. Se había reunido con Juliette y había comprobado que seguían siendo tan amigas como siempre. ¡Y París! ¡Oh, qué ciudad!

Por aquel entonces, Marc estaba en un viaje de negocios en Asia y no iba a volver hasta dos días antes de la boda. Se habían conocido en una cena muy chic y muy restringida que había organizado su todavía más chic madre en su preciosa casa.

Juliette se lo había presentado muy orgullosa y Paige había mirado aquel rostro frío y atractivo con un interés que le dio miedo. Asustada por su reacción, permaneció toda la cena callada rezando para que nadie se hubiera dado cuenta.

Al volver de casa de la madre de Marc, Paige se había metido en su habitación para dejar a los prometidos a solas.

Sin embargo, media hora después, Marc había llamado a su puerta. Al abrir, su tonto corazón había dado un vuelco.

-Quería darte esto -le dijo entregándole una cajita exquisitamente envuelta-. Lo tienes que llevar mañana.

-¿Qué es?

Marc sonrió derritiéndola.

-Es tradición que el novio le regale a la madrina algo -le explicó-. Aquí tienes.

Paige aceptó la cajita y se sonrojó cuando sus dedos se rozaron.

-Gracias -susurró avergonzada por la traición de su propio cuerpo.

Podría haber cerrado la puerta y haber abierto el regalo a solas, pero no le pareció de buena educación, así que deshizo el lazo siempre notando sus ojos en sus manos.

Era una caja de una joyería. Paige se quedó sin aliento. Sólo oía el batir desaforado de su corazón.

Era un círculo de oro unido a una cadena también de oro por un diamante.

-Es perfecto -dijo bajando la mirada-. Muchas gracias.

-Es un medallón -dijo Marc-. Dentro se pone la foto de uno o de una persona especial.

Paige se sonrojó de pies a cabeza.

-Gracias -repitió.

Se hizo el silencio entre ellos.

-¿No te lo vas a poner? -dijo Marc un poco impaciente.

Paige dudó, pero acabó sacando el precioso medallón de su caja de terciopelo y poniéndoselo alrededor del cuello.

-Date la vuelta -le indicó Marc.

Paige obedeció y tragó saliva. Al sentir sus dedos helados en la

nuca, todo el vello de su cuerpo se erizó y sintió como si se derritiera y se quemara a la vez.

-Ya está -anunció Marc apartándose.

-Precioso -dijo él cuando Paige se dio la vuelta.

Lo había dicho en tono neutro, pero lo traicionó un músculo de la mandíbula que le saltó no una sino tres veces.

-Gracias -repitió Paige sintiéndose incómoda de repente.

Sonrió, dio un paso atrás y cerró la puerta, sobre la que se tuvo que apoyar para no caerse al suelo.

Marc la había mirado como había visto a su padre mirar a la mujer por la que había dejado a su madre. Aunque era virgen, sabía lo que era el deseo.

Se quitó el medallón y lo guardó en la caja, horrorizada por lo que le había hecho sentir... una dulzura dolorosa y una urgencia peligrosa que le habían endurecido los pezones y habían hecho que le temblara todo el cuerpo.

Se despreció a sí misma. Marc se iba a casar al día siguiente con su mejor amiga y ella acababa de desearlo como si le fuera la vida en ello.

Con unas cuantas palabras, una caricia y un intercambio de miradas, su inocente deseo se había convertido en una necesidad imperiosa.

Durante el siguiente día, el medallón que Juliette se había empeñado en que luciera le abrasó la piel.

Un mes después, Paige se despertó sin hacer ruido y se vistió con cuidado para no despertar a Sherry.

La varicela de Brodie había pasado a la historia, pero Paige seguía sin encontrar trabajo. Iba a pedir la prestación por desempleo, pero con eso no tenía para pagarle a Sherry las tres semanas de alquiler que le debía.

Por eso, de momento, se había ofrecido para pasear a un par de perros por las mañanas de lunes a viernes.

Era una ayuda, pero seguía sin ser suficiente. Si no encontraba un trabajo, se iba a tener que ir. Sherry no podía mantenerla aunque le cuidara a Brodie a cambio.

Los perros, un pastor alemán y un Jack Russell, la recibieron con la alegría de costumbre y, una vez en el parque, les tiró una pelota para que jugaran.

Marc había desaparecido de su vida tan rápido como había aparecido. Al día siguiente de haberse visto, le había escrito una nota explicándole que le había surgido un viaje de negocios.

Paige no esperaba volver a verlo, pero se había enfurecido consigo

misma por haberse sentido de repente muy sola. Marc no significaba nada para ella y era obvio que ella para él, tampoco.

Así debía ser.

Por desgracia, lo veía todas las noches en sueños.

Cuando oyó ladrar a los dos perros, se giró y se encontró ni más ni menos que con Marc Corbett.

¡Hablando del rey de Roma... !

Durante un vergonzoso instante, Paige deseó ir mejor vestida, no llevar aquellos vaqueros tan desgastados y aquella sudadera que, aunque era del mismo color que sus ojos, estaba demasiado vieja.

La vergüenza pasó a un segundo plano cuando se dio cuenta de que no podía respirar.

-¿Estás bien? -le preguntó Marc al llegar a su lado-. Sherry me ha dicho que has estado con gripe. ¿Se puede saber qué haces paseando perros a estas horas de la mañana?

-Me tengo que ir -musitó Paige.

-Desde luego, no parece que estés muy bien -continuó Marc-. Estás pálida y tienes muchas ojeras.

Cuando la había conocido era una chica vibrante, llena de vida y de sensualidad. Cuando la había visto hacía un mes, la había encontrado muy desmejorada, pero ahora era una mujer destrozada, frágil y exhausta.

De repente, Marc se encontró queriendo protegerla. Aquello lo enfureció.

-Sí, he estado con gripe, pero ahora estoy mucho mejor que la semana pasada -dijo Paige estremeciéndose de frío.

-No deberías salir con este tiempo -dijo Marc quitándose la chaqueta y poniéndosela sobre los hombros.

Paige sintió el calor de su cuerpo a través del cuero e intentó quitársela.

-No necesito...

-Como te la quites, te tomo en brazos y te llevo al coche -la amenazó Marc.

Paige asintió porque sabía que hablaba en serio. Además, la cazadora estaba calentita y olía a él.

-Gracias -le dijo-. ¿Qué haces aquí? -añadió quedándose de piedra al darse cuenta de una cosa.

Había estado con Sherry.

-Espero que no hayas despertado a Sherry y a Brodie -apuntó apartando la mirada.

-Ya estaban despiertos -contestó Marc con indiferencia-. Me alegro de que Brodie haya superado la varicela.

-Sí, está bien -dijo Paige-. ¿Para qué has vuelto?

-Ya te lo dije la otra vez. Porque tenemos cosas de las que hablar -contestó Marc con amabilidad.

-Y yo ya te dije que no tenemos nada de lo que hablar -le recordó Paige con frialdad-. Somos de mundos diferentes.

-Si lo crees así, te estás engañando. Pero no lo crees, ¿verdad?

En ese momento, el Jack Russell gruñó.

-Tiger es un perro de ataque -dijo Paige.

Marc alargó la mano hacia ambos perros, que debieron de identificarlo como el jefe de la manada porque, tras olfatearlo, se tumbaron a sus pies con la lengua fuera.

-Me gustan mucho los perros -dijo Marc-. Yo también tengo uno. ¿Por qué me hiciste creer que Brodie era hijo tuyo?

Paige sacudió la cabeza.

-No me preguntaste -contestó intentando controlar el dolor que sentía en las costillas.

¿Qué hacía aquel hombre en Napier? ¿Por qué no se iba del país? ¿No tenía un castillo en Francia, un piso en Nueva York y una casa victoriana en Londres? ¿Qué demonios hacía en Nueva Zelanda?

Era demasiado para ella. Las reacciones que había conseguido controlar durante el último mes acababan de saltar por los aires.

-¿Por qué viven el niño y su madre contigo?

Paige no contestó.

-Seguro que si le ofrezco a Sherry una buena suma de dinero, me lo dice ella.

-¿Qué suerte tienes de tener tanto dinero, ¿verdad?

La energía que había perdido después de la gripe, había vuelto a ella. ¿Por qué tenía que haber sido aquel hombre al que despreciaba el que la hiciera sentir viva de nuevo?

-En una ventaja, sí -contestó Marc-. ¿Y bien?

Marc decidió que la insolencia con la que Paige lo miraba era un reto y cada vez le estaba costando más resistirse.

-Ofrécele dinero a Sherry por decírtelo -se burló-. Lo necesita.

Marc estuvo a punto de sonreír. No se podía saber nunca por dónde iba a salir Paige. La frescura y espontaneidad de sus respuestas le encantaba.

-¿Por qué me dejaste creer que eras una bailarina de desnudo?

-Porque no es asunto tuyo lo que haga con mi vida -le espetó.

-La última vez que nos vimos, me surgió un asunto y me tuve que ir antes de lo que quería. Tenemos que hablar, Paige, te lo digo en serio.

-No.

Marc se dio cuenta de que lo decía con decisión. Aquella guerra iba a ser dura, pero estaba dispuesto a ganarla.

Debía tomarla por sorpresa.

-Me rindo -anunció sabiendo que ella quería pelea-. No paras de temblar -añadió silbando a los perros.

Ambos animales se pusieron en pie. Paige, como hipnotizada, le dio las correas y lo observó mientras los ataba con presteza.

Decidida a no rendirse tan rápido, miró el reloj.

-De todas formas, es hora de volver -anunció dándose cuenta de que se estaba rindiendo.

Quisiera o no volver, Marc había tomado el control de la situación.

-Te acompaño -sonrió él con ironía.

-Los perros son cosa mía -puntualizó Paige tendiendo la mano para que le devolviera las correas.

Marc asintió y se las entregó. A continuación, se colocó en el lado del paseo que daba al mar para que la brisa no le diera a Paige. No era que con aquella maravillosa cazadora que le había dejado tuviera frío, pero aun así el gesto la hizo derretirse por dentro.

«No es porque sea yo. Lo haría con cualquier mujer», se dijo.

Si hubiera querido hablar con ella en los dos años que habían pasado desde la muerte de Juliette, podría haberla encontrado con facilidad. No tendría más que haber contratado a alguien para que la buscara.

Pero no lo había hecho.

«No lo olvides», se dijo.

-¿Dónde tienes el coche? -le preguntó.

Andar a su lado la estaba confundiendo, quería deshacerse de él cuanto antes.

-En la carretera -contestó Marc.

Desconcertada, Paige intentó controlar su ira.

-Muy bien, dime 10 que hayas venido a decirme.

-Está bien -contestó Marc-. Juliette te dejó una herencia.

-¿Cómo? -exclamó Paige parándose en seco.

-Te dejó una caja y una suma de dinero -le explicó Marc.

-Entiendo -contestó Paige lívida-. Te agradezco que me lo digas, pero no tenías que haber venido hasta aquí para hacerlo. Mándame la caja por correo y dona el dinero a alguna obra benéfica.

-Cabezota y desagradecida -observó Marc con desprecio.

-No ha sido mi intención -se disculpó-. Supongo que la caja contendrá algún recuerdo y la quiero, pero el dinero, no.

-Me temo que van las dos cosas juntas y hay ciertas condiciones.

-¿Qué condiciones? -preguntó Paige sabiendo que no le iban a gustar.

-Si desayunas conmigo, te las digo.

-¿Por qué no me las puedes decir aquí y ahora?

-Porque estás muerta de frío -contestó Marc-. Estás temblando y se te están poniendo los labios azules. Y porque la última voluntad de Juliette merece algo más que unas pocas palabras intercambiadas en un parque. Creía que en eso íbamos a estar de acuerdo. Sé que, aunque no os veíais mucho, hablabais por teléfono. Eras su mejor amiga. ¿Es pedir demasiado que me concedas un poco de tu tiempo para hablarte de ella?

-Eso es chantaje emocional -le advirtió Paige.

-No, es la verdad -contestó Marc encogiéndose de hombros.

-Muy bien -masculló Paige-. Tengo que ir a dejar a los perros, pero estaré en casa en veinte minutos.

-Os llevo yo -sentenció Marc.

No hubo nada que hacer. En diez minutos, los perros estaban en su casa y Paige y Marc, en el apartamento de Sherry.

Se dio la ducha más rápida de su vida y, mientras se vestía, oía a Sherry y a Marc riéndose. Se puso unos pantalones marrones, con una blusa roja y un jersey de cuello vuelto blanco.

Se pintó los labios para dar un poco de color al rostro y pensó que aquello era puro masoquismo.

¡Desayunar con Marc!

Estaba tan nerviosa que se sentía como si tuviera una lavadora centrifugándole en el estómago, pero se obligó a poner cara de póquer para salir al salón.

La vitalidad de Marc la golpeó en el plexo solar.

Al verla aparecer, sus ojos se posaron en sus labios y sonrió burlón. Paige tenía miedo de aquel hombre porque irradiaba tanta seguridad que no lo podía soportar, pero más miedo todavía le daba la excitación que se apoderó de su cuerpo mientras se despedían de Sherry y se montaban en el coche.

HACE cuánto tienes gripe? -le preguntó Marc una vez en el coche. «Esto me pasa por cambiarme de ropa y ponerme pintalabios», pensó Paige.

-¿Tan mal aspecto tengo? -contestó.

-Parece como si no te hubieras acabado de reponer -apuntó Marc sinceramente-. Sherry me ha dicho que no quisiste ir al médico.

-Los médicos no pueden hacer nada cuando se trata de un virus -contestó Paige preguntándose por qué su compañera de piso tendría la boca tan grande.

-Los médicos te pueden recetar medicamentos para todo -dijo Marc mientras conducía.

-No los necesitaba. Era una simple gripe y ya estoy bien.

Marc la miró con escepticismo y cambió de tema.

-Me alegro de haber visto que Brodie está mejor.

-Sí, la medicación le hizo efecto enseguida -contestó Paige agradecida por hablar de otra persona que no fuera ella-. Al día siguiente, ya estaba mucho mejor.

-¿Te encargas de cuidarlo mientras Sherry trabaja?

-Sí.

-¿De qué hora a qué hora?

-Desde media tarde hasta que Sherry vuelve a casa.

-¿Todos los días?

-No, Sherry libra dos días a la semana.

Paige agradeció que no volviera a hablar hasta que no llegaron a su destino, que resultó ser una casa en Port Hill.

-Creí que íbamos a un restaurante –observó Paige.

-Estoy aquí hospedado -contestó Marc a modo de explicación.

¿Con su novia? -¿En una casa?

-Sí, los hoteles me aburren. Prefiero quedarme en casa de algún amigo.

Paige sintió que el frío le invadía el cuerpo. Marc la miró de reojo.

-Paige, te aseguro que no te voy a asesinar y te voy a tirar por el acantilado -la tranquilizó-. Si lo prefieres, podemos ir a un restaurante y hablar del testamento de Juliette delante de todo el mundo. Paige se dijo que estaba actuando como una tonta. Marc era una persona muy controlada y prudente.

¡No tenía miedo de él sino de sí misma!

-¿Y tus amigos, los dueños de la casa? No me han invitado.

-Ahora, no están. Están trabajando. Además, sabían que iba a venir a desayunar contigo y, si así te quedas más tranquila, cuando te lleve a casa, paramos y te los presento -añadió un tanto impaciente.

-No hace falta -contestó Paige incómoda.

La casa era preciosa y el comedor estaba situado en un porche que daba al mar. Marc le indicó que se sentara y le sirvió tostadas, fruta, porridge, café y zumo de naranja. Parecía acostumbrado a hacerlo y aquello la extraño pues tenía entendido por Juliette que vivían rodeados de servicio.

Mientras él daba buena cuenta del porridge, ella se tomó una tostada y un zumo.

-Mi padre era de la vieja escuela, ¿sabes? -le dijo Marc-, de los que no sabía empezar el día sin un buen porridge.

Aquello la hizo sonreír. Debía de ser que los barones ladrones tenían sus manías.

-Al mío le encantaban las salchichas con beicon -dijo.

Su madre le había advertido en incontables ocasiones que acabaría muriendo de un infarto y así había sido.

Tras mantener un rato una conversación tranquila, hablando sobre cosas sin importancia, Marc le habló de Juliette.

-La caja que te dejó está en Arohanui, la casa que tengo en Northland -le explicó-. En su testamento, dejó dicho que tenías que ir a buscarla y quedarte una semana en la isla.

-Eso es imposible -contestó Paige.

-¿Por qué?

-Porque tengo que cuidar a Brodie.

-¿Es la única razón? -preguntó Marc llevándose el café a los labios-. ¿Es porque tienes algún novio al que no le gustaría mucho la idea? Si es así, también puede venir.

Paige se sonrojó.

-No, no tengo novio -contestó molesta porque a él le diera igual que estuviera con otro hombre-. Es por Brodie y por los perros, claro. ¿No me la puedes mandar por correo?

-No es fácil.

-Sí, Marc, sí que lo es. Le dices al ama de llaves que te envuelva la caja, la llevas a correos y ya está -le explicó como si fuera un niño pequeño.

-No te va a servir de nada provocarme -le advirtió él-. Otra persona se puede ocupar del niño y de los perros.

-Para ti es muy fácil decir eso, claro, pero yo necesito el dinero hasta que encuentre trabajo -gruñó Paige.

-¿,Tienes alguna entrevista concertada?

-No -admitió-, pero no me parece que vaya a encontrar trabajo en Napier desde la isla.

-Yo me ocupo de eso -dijo Marc con naturalidad-. Los periódicos de aquí están en Internet y, si falta alguno, me ocuparé de que alguien mire los puestos vacantes mientras tú estás fuera. Juliette quería que fueras a Arohanui y creo que deberías hacerlo por ella.

«¿Y tu pareja? ¿También va a estar allí?», pensó Paige mordiéndose la lengua.

-¿Por qué me dejaría algo en su testamento? -preguntó sin dar crédito-. ¿Cómo es que hizo testamento con lo joven que era?

-Le dije que lo hiciera nada más casarnos -le explicó Marc-. En cuanto a por qué te dejó algo, me parece lo más normal del mundo. Mucha gente deja un recuerdo a sus mejores amigos.

-No esperaba que me dejara nada -apuntó Paige sinceramente.

-Ya lo sé. Quiero dejar muy claro que no te lo he dicho antes porque Juliette dejó advertido que no debía hablarte de ello hasta dos años después de su muerte.

Sorprendida, Paige lo miró a los ojos y se encontró con dos zafiros fríos y profundos.

-¿Por qué? Es muy raro. Juliette no era una persona excéntrica y, además, ni siquiera le gustaba...

-¿La isla? Sí, lo sé -dijo Marc encogiéndose de hombros-. Supongo que tendría sus razones, de las que yo, te lo aseguro, no tengo ni idea. Sin embargo, me gustaría que su última voluntad se cumpliera.

Paige se quedó mirando la taza de café. -¿Sabes qué es lo que me ha dejado? -preguntó.

-No -contestó Marc-. Es una caja pequeña, así que supongo que será una joya o un recuerdo. -No puedo ir -insistió Paige-. No me lo puedo permitir, ¿sabes? No tengo dinero para el viaje. -Eso es irrelevante.

-No quiero tu caridad -le espetó.

Marc la miró con frialdad y dureza.

-Juliette quería que tuvieras lo que te ha dejado. ¿Tanto sacrificio supone para ti ir a buscarlo? Es una semana se tu tiempo para cumplir con una persona que no te va a volver a pedir nada más en la vida.

Paige se puso en pie.

-Eres un cerdo manipulador -susurró.

Marc también se levantó.

-Pero ya lo sabías -dijo en tono hiriente.

-Sí, sé perfectamente cómo eres -añadió Paige.

-No sé si será así, pero te aseguro que nunca me lanzo sobre una mujer con la que sé que no tengo nada que hacer -sonrió Marc con desprecio.

-¿Cómo? Yo... no me refería a eso -contestó Paige.

Pero no era así y ambos lo sabían. La humillación hizo mella en su compostura. Se estaba comportando de manera ridícula porque, aunque la encontrara atractiva, todo el mundo sabía que Marc Corbett era un hombre que se sabía controlar.

Además, ¿qué sabía ella del sexo o del deseo? El último novio que había tenido había sido en el colegio. Era una chica de veintitrés años virgen cuya experiencia se limitaba a unos cuantos besos.

Marc se debía de estar riendo de ella.

-Si te quedas más tranquila, tengo pensado irme a Australia al día siguiente de dejarte en la isla -le dijo-. Paige, por favor, ven a Arohanui -añadió en tono mucho más amable-. Te llevaré en mi avión

y podrás volver como quieras.

Mientras la observaba, se preguntó por qué la deseaba tanto. Era algo muy sutil y enigmático que iba más allá de la belleza aunque nadie podía negarle que tenía unos preciosos ojos como esmeraldas y una boca para volverse loco.

-No lo hagas todo tan difícil -le dijo tomándole las manos entre las suyas-. Juliette quería que fueras a Arohanui y yo quiero ver su última voluntad hecha realidad.

Cuando la vio temblar y apartar la mirada, Marc supo que la había convencido.

-Muy bien -contestó Paige poniéndose en pie y mirando el mar-, pero tengo que dejar unas cuantas cosas organizadas. No me puedo ir si Sherry no tiene unos cuantos días libres para quedarse con Brodie.

-Me parece bien -dijo Marc sonriendo-. ¿Quieres unos huevos con beicon? -añadió.

Paige se dio cuenta de que le estaban sonando las tripas.

-Sí, gracias.

-¿Te vienes conmigo a la cocina?

-¿Sabes cocinar? -preguntó Paige sorprendida. -Por supuesto -rió Marc.

Al oír su risa, el hambre de Paige cambió de naturaleza.

Marc le abrió la puerta y la hizo pasar a una espaciosa y preciosa cocina digna del mejor de los cocineros.

-Y supongo que subirás montañas sin oxígeno y lucharás con osos polares -se burló.

-No, prefiero luchar con leones -bromeó él haciéndola reír.

Mientras preparaba el beicon, Paige lo observó anonadada. La idea que tenía de él era la del hombre que le revolucionaba las hormonas y el marido de Juliette. En otras palabras, fruta prohibida.

Pero aquel hombre que le estaba haciendo el desayuno no tenía nada que ver con el hombre de negocios devorador de mujeres que ella creía que era. Aquello lo hacía todavía más peligroso porque era más fácil despreciar a un depredador.

Una hora después, la dejó en casa.

-Muchas gracias por el desayuno -se despidió Paige-. Estaba delicioso.

Marc miró el reloj.

-Nos vemos a las nueve.

-No me da tiempo de organizarlo todo en tan poco tiempo -contestó Paige.

-Dentro de dos horas, entonces -dijo Marc con decisión.

-No te prometo nada -contestó Paige.

-A las diez en punto, Paige -sonrió Marc-. No te preocupes por nada. Déjalo todo en mis manos.

Dejarlo todo en sus manos resultó de lo más sorprendente.

-¡Es pura dinamita! -exclamó Sherry observando el coche alejarse-. Ya sé que no te parece bien que haya aceptado que me pague por quedarme en casa con Brodie, pero no creo que a él le suponga mucho ese dinero.

-No, claro que no -contestó Paige-, pero, ¿qué va a decir tu jefa?

-Nada -contestó Sherry.

Paige continuó haciendo la maleta, deseando tener ropa mejor.

-No me gustan las sorpresas Ojala no le hubieras dicho esta mañana dónde estaba.

-Lo siento, pero no es fácil negarle nada -contestó Sherry sintiéndose culpable.

-No pasa nada -la tranquilizó Paige-. No me hagas caso. Es que estoy nerviosa por todo esto. -¿No te apetece ir?

-No -suspiró Paige-, pero era la última voluntad de Juliette y debo hacerlo.

-Tómatelo como unas vacaciones -le aconsejó su amiga-. Te las mereces. Llevas un año sin parar. A ver si, con un poco de suerte, te bronceas y todo.

Paige terminó de hacer la maleta y se tomaron un té en el salón mientras charlaban y veían jugar a Brodie.

-¿Qué te ha dicho la señora Greig de los perros?

-Ha gruñido un poco, pero los va a pasear el chico de al lado, así que no pasa nada -contestó Paige levantando la mirada al oír un coche-. Ha llegado el momento de irse -anunció viendo que era el de Marc.

Sherry se levantó y tomó a Brodie en brazos. -Madre mía, qué guapo es -dijo tras mirar por la ventana-. Ten cuidado, ¿eh?

Paige sonrió con el corazón en un puño y abrió la puerta.

-¿Lista? -dijo él.

-Sí -contestó Paige mientras Marc le llevaba el equipaje al coche.

-Pues vámonos porque nos está esperando el avión.

Y así era. Literalmente. Cuando, media hora después, llegaron al aeropuerto, Paige comprobó que el avión privado tenía capacidad para unas diez personas.

En otras circunstancias, Paige habría disfrutado de las vistas, pero no había nada de normal en aquel aparato ni en aquel viaje.

Tomó una revista tras denegar la propuesta de champán de Marc y miró la portada. Era una preciosa pelirroja vestida con plumas que parecía estar haciendo el amor con una columna. La dejó sobre la

mesa y se fijó en él, que estaba hojeando la prensa al otro lado del pasillo.

Se fijó en sus manos, de dedos largos y manicura perfecta. ¿Cómo sería sentirlos en...?

¡Mejor no pensar en ello!

Prefirió preguntarse por enésima vez por qué su amiga le habría dejado algo, por qué la obligaba a ir a Arohanui a buscarlo y por qué le había indicado a su marido que debía esperar dos años para decírselo.

Todo era muy raro.

Volvió a mirar a Marc, que estaba absorto leyendo unos documentos. La fuerza de su perfil y la arrogancia de sus gestos la hizo estremecer y recordó las palabras de Sherry.

-Entre vosotros hay tanto deseo que quema -le había dicho mientras Marc cargaba las maletas en el coche-. Seguro que es una joya en la cama. ¿Por qué no te lo pasas bien por una vez?

Paige sintió una punzada inconfundible en la tripa.

«Sería todo menos divertido», se dijo.

Aunque Marc hiciera el amor como los ángeles, se arriesgaba a perder el corazón. «¡No!», se dijo.

No se estaba enamorando de él. Se recordó que se había casado con Juliette por conveniencia, para tener una mujer florero, y además Laureen Portear seguía presente en su vida.

Sí, sentía algo por él, pero no era amor.

Marc había dicho que era deseo y lo había dicho con desprecio para dejarle bien claro lo que opinaba del fuego que había entre ellos.

Capítulo 5

SE DESPERTÓ de sus sueños eróticos con las manos de Marc en la cintura. Al abrir los ojos, vio que lo tenía demasiado cerca. Paige sintió que el corazón le daba un vuelco cuando sus miradas se encontraron.

-¿Qué pasa? ¿Ya hemos llegado? -consiguió preguntar.

-Casi -contestó Marc.

-¿Y qué haces?

-Intentando ponerte el cinturón sin despertarte. Vamos a aterrizar -le explicó sin apartar las manos.

Las tenía sobre su estómago, peligrosamente cerca de sus pechos y la energía entre ambos era tan fuerte que a Paige se le dilataron las pupilas. Al verlo, Marc no pudo evitar sentir una punzada en la entrepierna.

Marc sabía que el amor era un sentimiento absurdo y ni lo ofrecía ni lo prometía. Sin embargo, siempre se aseguraba de que sus amantes y su esposa supieran que las admiraba y las respetaba.

La noche anterior a su boda, se había mirado en aquellos mismos ojos verdes y había deseado a aquella mujer con una urgencia que le había dado vértigo.

Se había enfadado tanto consigo mismo por aquella falta de control... ¡Pero si era una niña que todavía estaba en el colegio!

Sin embargo, a pesar de los años transcurridos, seguía sintiendo lo mismo y, cuando Paige le puso en un gesto automático las manos sobre las suyas para abrocharse el cinturón, sintió que estaba perdido.

Jamás había deseado a nadie con tanta fuerza. Se apresuró a ajustar el cinturón y se puso en pie.

-¿Bien? -le preguntó fijándose en cómo le latía el pulso en el cuello.

-Sí -contestó ella sonrojándose y mirando por la ventana-. Lo siento, suelo tardar bastante en despertarme.

Marc se apresuró a sentarse antes de que su cuerpo lo traicionara. Se abrochó su cinturón y se puso a mirar también por la ventana.

No le sirvió de nada. El maravilloso paisaje no era nada comparado con las imágenes de Paige desnuda en su cama, tras haber hecho el amor... despertarla debía de ser una experiencia exquisita, sensual y mágica...

¡Dios! Si sólo con tocarla se ponía, ¿por qué no había dejado que su oficina hubiera organizado todo aquel viaje a Arohanui?

¿Por qué no lo había hecho?

La razón estaba sentada a su lado. Aunque no se estaban tocando, sentía su cercanía, olía el perfume de su piel y veía sus manos con el rabillo del

ojo. Las tenía en el regazo, apretadas, con la misma tensión que las suyas.

Aquellas manos blancas como la crema... se las imaginó sobre su piel...

¿Y si se dejara llevar para ver dónde les llevaba toda aquella pasión? No era más que química sexual, pero cuando estaba con ella se sentía un hombre inferior y aquello no le gustaba.

Paige tenía cierto poder sobre él y no quería que se diera cuenta bajo ningún concepto porque temía que se apoderara de él si lo supiera.

Sin embargo, la deseaba y sabía que ella lo deseaba a él. Entonces, ¿por qué no aceptar lo que ella le ofrecía inconscientemente?

Precisamente por eso, porque era inconsciente. Y él no se aprovechaba así de nadie.

Por otra parte, ¿cómo podía ser tan inocente con su edad? ¿No lo estaría engañando?

Lo cierto era que bien vestida, sería una pareja estupenda. Sería una relación de igual a igual. Vería mundo, se lo pasaría bien, aprendería mucho y, cuando Marc hubiera conseguido sobreponerse a ella, no tendría que volver a trabajar en la vida.

Desde luego, era mucho mejor que la que llevaba entonces.

-¿Dónde aterrizamos? -le preguntó en tono neutro.

-En Kerikeri -contestó Marc intentando sonar también natural-. Es el aeropuerto más cercano.

Paige volvió a mirar el mar por la ventana y tomó aire. ¡La había hecho buena! Tanto control, tanto cuidado para no traicionarse sin remedio.

Había bajado la guardia mientras dormía, por supuesto, y al despertar no le había dado tiempo de volverla a subir.

Marc se había dado cuenta de que estaba excitada. Lo había visto en sus ojos y él la había mirado con disgusto.

Juliette le había hablado de las mujeres que lo perseguían, cómo lo asediaban para llevárselo a la cama y cómo él las despreciaba.

Paige apretó las mandíbulas y echó los hombros hacia atrás. Así que la tenía por una de ellas, ¿eh? ¿Creía que estaba disponible para él, que era una promiscua? Se reiría si supiera que no se había acostado jamás con nadie.

Claro que eso no lo iba a saber nunca.

Paige decidió mostrarse a partir de entonces tan fría como él, pero

no le iba a resultar nada fácil.

-Estamos sobrevolando la bahía. Ahí está Arohanui, ¿la ves? -dijo Marc señalando una isla-. Ahí.

Dándose cuenta de que estaba teniendo cuidado para no tocarla, Paige siguió la dirección de su dedo.

Su isla, en forma de corazón, misteriosa, se alzaba preciosa en un mar del tonos azules y verdes. Cerca había otras islas, todas de playas de arena tan blanca que deslumbraba.

-¿Se llama Arohanui por la forma que tiene? -le preguntó-. Quiere decir «gran amor», ¿no?

Sorprendida por su tono de voz íntimo y seductor, carraspeó y no apartó la vista de la isla.

-Sí, pero se llama así por una antigua leyenda maorí sobre dos amantes que murieron, no por la forma que tiene -le explicó Marc-. Ya se llamaba así mucho antes de que los Corbett llegaran aquí.

-Es preciosa -apuntó Paige sinceramente-. Había visto fotografías, pero no le hacen justicia. ¿Cuántas islas hay en la bahía?

-Más de ciento cincuenta. ¿Es la primera vez que vienes?

-Sí. Cuando era pequeña, solíamos ir a Fiji y a Australia -sonrió con nostalgia-. Y a los once años, mi madre me llevó al Disneylandia de California.

-Mi padre nació en la isla y era el sitio del mundo que más amaba, pero mi madre prefiere vivir en un lugar más cosmopolita -dijo Marc.

«Eso es porque es francesa», pensó Paige recordando que Juliette y su suegra se habían llevado muy bien.

-Mi madre siempre dijo que la isla acabaría con él -añadió muy serio-. Un día, salió a rescatar a un grupo de irresponsables que habían ido a pescar sin preocuparse por el parte meteorológico y no llevaban ni chalecos salvavidas ni radio ni nada. Murieron todos.

-Lo siento mucho -dijo Paige.

Marc se encogió de hombros.

-Le gustaban las aventuras arriesgadas. Estoy seguro de que prefería morir así que verse viejo e impedido en una cama.

Paige lo miró a los ojos y vio que Marc no era así, que él era demasiado responsable como para

permitirse el lujo de grandes gestos en busca de subidas de adrenalina.

Por alguna oscura razón, aquello la tranquilizó y siguió mirando por la ventana. Había llovido recientemente y la isla lucía en todo su verdor.

-Es misteriosa -observó-. Parece encantada, como si aquí las normas de todos los días no existieran.

-Es parte del encanto de las islas. Ofrecen algo de prohibido, de peligroso, de belleza peligrosa.

Sus palabras, casi indiferentes, retumbaron en la cabeza de Paige como un desafío.

-Creí que te gustaba más París -observó.

-Me encanta París -contestó Marc-. También me gustan Londres y Nueva York, no creas, pero mi hogar está en Arohanui.

Paige tuvo que hacer un esfuerzo para no volverse a mirarlo. Juliette le había dicho que la isla era aburrida, que no había nada sofisticado que hacer, así que tras el primer año de casados Marc iba solo.

Paige se recordó que, al igual que su padre, Marc le había sido infiel a su esposa.

No le sirvió de nada. No podía dejar de pensar en el hombre que tenía al lado. ¿Cómo era posible que su aroma hiciera que el corazón se le desbocara y se le secara la boca?

«Sexo», se dijo con brutalidad. «Si me dejo llevar, estaré traicionando a Juliette».

«Y podrías enamorarte de él», le dijo la voz de su conciencia.

«No creo», contestó ella.

No estaba dispuesta a amar a un hombre después de haber visto cómo habían sufrido su madre y Sherry.

Estaba decidida a permanecer sola. Así, nadie la haría sufrir.

Al ver que estaban sobrevolando el aeropuerto, cerró los ojos presa del pánico. ¿Qué demonios estaba haciendo allí?

Sintió una calidez especial en la mano cuando Marc se la agarró.

-No pasa nada -le dijo-. Está todo controlado.

Sintiéndose increíblemente estúpida, Paige no apartó la mano y se preguntó cómo un gesto tan reconfortante podía ser a la vez tan excitante que la había dejado sin voluntad.

-Cuando aterricemos, cambiaremos el avión por el helicóptero -le explico Marc soltándole la mano para indicarle el aparato.

Paige tragó saliva. Siempre había sabido que Marc era rico, que tenía casas por todo el mundo y varias islas privadas porque le gustaba la tranquilidad, pero aquello de tener aviones y helicópteros privados no era ser rico sino multimillonario.

«No tendría que haber venido», se reprochó.

Se miró los vaqueros desgastados. Eran de dos mundos diferentes, pero tampoco pasaba nada porque no iba a haber nada entre ellos.

«Mañana volverá a su mundo, yo estaré aquí una semana y volveré al mío», pensó. «Y no lo volveré a ver».

Aquel pensamiento le dejó el corazón vacío,

pero se forzó a preguntarle algo que la llevaba preocupando desde aquella mañana.

-¿Cómo sabías dónde estaba hoy? Sherry me ha dicho que te ha indicado más o menos, pero no siempre hago el mismo recorrido.

-Lo sé porque me lo ha dicho el detective privado que contraté -le explicó Marc con calma.

-Menuda falta de respeto -le espetó Paige indignada.

-Otra ventaja de ser obscenamente rico -bromeó Marc-. No hubiera tenido que hacerlo si no hubieras sido tan esquiva a mis preguntas.

Paige giró la cabeza y esperó a que el avión se parara ante la terminal.

-Nunca me habrías dicho que te echaron del trabajo porque te negaste a acostarte con tu jefe, ¿verdad?

-¿Cómo lo sabes? -contestó Paige sonrojándose.

Marc enarcó una ceja y Paige suspiró. El detective, claro.

-Sí, la primera vez que me tocó, lo amenacé con acusarlo de acoso sexual -confesó. -¿Y te echo?

-Dijo que era un expediente de regulación de empleo o algo parecido. Era la última que había sido contratada, así que era obvio quién se tenía que ir. La verdad es que me alegré.

-Ha ido diciendo por ahí que eres una fresca que vas amenazando con denunciar a los jefes por acoso sexual si no te suben el sueldo.

-¿Cómo? -exclamó Paige enfurecida.

63

-Sí, según él, le dijiste que, si no te subía el sueldo, lo denunciabas -contestó Marc.

-Con razón no encuentro trabajo... -reflexionó Paige.

-¿Por qué no lo denunciaste?

-Porque era mi palabra contra la suya... -se quejó Paige-. ¿Quién me iba a creer? El es un hombre muy respetado en Napier.

-Sí, pero no es la primera vez que le pasa algo así. Otras mujeres han sufrido sus acosos y otras los sufrirán. Ya sabes que ese tipo de canallas no cambian.

-¿Cómo lo averiguó tu detective?

-Preguntando a un par de mujeres que se habían ido de esa empresa antes que tú -contestó Marc poniéndose en pie-. Da igual.

-¿Cómo que da igual?

-Sí, hemos informado a la empresa de lo que estaba sucediendo con ese tipo y le han dicho que puede conservar su trabajo con la condición de tener las manos quietas. También hemos conseguido persuadirlo para que deje de mentir sobre ti. No creo que, cuando vuelvas, te cueste encontrar trabajo.

Paige lo miró con la boca abierta, pero las palabras del piloto le impidieron seguir hablando.

-Ya hemos llegado a Kerikeri -anunció-. Espero que hayan tenido un buen vuelo.

-Qué coincidencia, ¿verdad? -sonrió Paige-. Si no nos hubiéramos encontrado el otro día, nunca habrías sabido que vivía en Napier.

Marc la miró con frialdad.

64

65

-Nueva Zelanda no es tan grande. Te habría encontrado.

Algo en su tono la incomodó. Intentó ignorar la tensión, se puso en pie también para abandonar el avión.

La azafata les abrió la puerta y los despidió con una sonrisa. Al salir a la pista, rodeada de verde, Paige vio que el helicóptero los estaba esperando. A pesar de que había un piloto al lado, no hizo falta pues fue Marc quien lo llevó hasta su isla.

La casa, rodeada de bosque, era enorme y estaba junto a una playa en forma de media luna. Paige había visto también una cancha de tenis y una piscina mientras la sobrevolaban. Le había parecido ver también un yate y una zodiac en el muelle.

«Bienvenida al paraíso de los ricos», pensó intentando no perder la cabeza.

Sabía que Marc trabajaba mucho porque Juliette se lo había dicho, pero no le parecía justo que Sherry tuviera que bailar en locales de mala muerte para pagar un techo para su hijo y que Marc tuviera todo aquello. ¡Y sólo era una de sus casas!

-Bienvenida a mi casa -le dijo él ayudándola a bajar del helicóptero.

-Gracias -contestó Paige con timidez.

A medida que se acercaron a la casa, le pareció cada vez más grande. Una vez dentro, a pesar de que le resultó realmente difícil, Paige se negó a exclamar como una paleta ante tanta opulencia.

El edificio respiraba una sofisticada comodidad que la hizo sentirse al instante como en su casa. Marc le presentó al ama de llaves, una mujer de mediana edad llamada Rose Oliver, que la llevó a su habitación.

Paige se quedó mirando la enorme cama de colcha blanca y dosel de madera maciza. Las paredes también eran blancas lo que confería a la estancia una elegancia de lo más sencilla. Aparte de un platanero en una gran maceta de terracota en la terraza que daba al mar, no había nada más.

-Los armarios están aquí -le explicó el ama de llaves abriendo una

puerta-. ¿Quiere que le deshaga el equipaje?

-No, gracias -contestó Paige.

Lo último que quena era que una mujer que debía de estar acostumbrada a ver ropa carísima viera la suya.

-La dejo para que se duche y se cambie -dijo Rose-. Si necesita cualquier cosa, llámeme -añadió indicándole un teléfono-. Vendré a buscarla dentro de una hora.

Sonrió y se fue.

«Todo muy educado y agradable», pensó Paige mientras se dirigía al baño.

Allí, descubrió que tenía una gran ducha y una bañera de hidromasaje todavía más grande. Los rayos del sol entraban entre las hojas de las palmeras y resplandecían en el mármol y el espejo.

Olió el jabón, que era delicioso, y sonrió, pero decidió usar el suyo. Era una tontería, pero le parecía que, si usaba el que había comprado el dinero de Marc, se estaría vendiendo.

Mientras se bañaba, se preguntó si alguna vez habría habido alguien tan pobre invitado en casa de Marc.

¿Y a quién le importaba?

-Disfrútalo -se dijo mirándose en el espejo.

Más relajada, sus escrúpulos no le impidieron secarse el pelo con un secador que había comprado el mismo dinero que el jabón.

Se puso unos pantalones verde botella y una camisa roja que le favorecía mucho y, en ese momento, llamaron a la puerta.

Paige miró el reloj y comprobó que la señora Oliver llegaba veinte minutos antes de lo acordado.

Abrió y sonrió.

Capítulo 6

MARC también se había cambiado.

Se había puesto unos pantalones informales y una camisa de un azul casi igual al de sus ojos que le sentaba tan bien que Paige tuvo que tragar saliva para que no se le fuera el corazón por la boca.

-Ah... creía que eras... la señora Oliver -dijo confusa.

-¿Quieres dar una vuelta antes de comer? -le preguntó él.

-Sí, gracias -contestó.

Se moría de ganas por preguntarle por la herencia de Juliette, pero no lo hizo por temor a parecer avariciosa y desagradecida, así que lo acompañó obedientemente por el pasillo hasta la terraza que rodeaba toda la casa.

Desde luego, Marc era un anfitrión excepcional. Le enseñó con impecable cortesía el jardín que había entre la casa y la playa, una fantasía subtropical que le encantó por su mezcla de colores, formas y aromas.

Cuando volvían hacia la casa, pasaron junto a la pista de tenis y Marc le preguntó si sabía jugar.

-Hace mucho que no juego -contestó Paige.

-Podríamos jugar un día.

-De acuerdo -dijo Paige pensando que eso no iba a suceder jamás-. ¿Los barcos son tuyos? –le dijo mirando hacia el muelle.

-Sí, ¿te gusta navegar?

-De pequeña, me encantaba -contestó-. Mi padre tenía un yate.

Marc frunció el ceño.

-Si quieres, un día salimos.

Paige sabía que, al igual de la sugerencia sobre el partido de tenis, no lo decía de verdad. ¿Para qué lo hacía? Se iba a ir al día siguiente.

Simplemente, se estaba mostrando educado, como si ella fuera una invitada de verdad y no alguien a quien se había visto obligado a tener en su casa por voluntad de su difunta esposa, la esposa a la que había traicionado.

-¿Dónde está la caja de Juliette? -le preguntó de repente.

Marc la miró de manera enigmática.

-Te la van a llevar a tu habitación.

En silencio, subieron las escaleras que llevaban al porche.

-Tienes una casa preciosa -dijo Paige-. ¡Y el jardín es una maravilla!

Marc vio que lo decía con cierta melancolía y no pudo evitar sentir un sentimiento de protección hacia ella.

Maldijo en francés.

Debía de ser porque era amiga de Juliette. Claro que también podía ser por el mal rato que había pasado con el canalla de su jefe o porque todavía no se había recuperado del todo de la gripe.

Sí, se sentía responsable por la amiga de su mujer, pero aquella extraña necesidad por ocuparse de ella era una experiencia que no conocía y lo enfurecía.

Solía comportarse de manera amable con las mujeres porque eran más frágiles que él, aunque también había visto mujeres de mucho carácter capaces de aguantar lo que muchos hombres no podían.

«Como Juliette», pensó sonriente.

A pesar de su juventud, ella había tenido muy claro lo que quería.

Paige le había llegado al alma y lo enfurecía saber que, en cuanto se ofreciera a ayudarla, ella lo iba a rechazar.

No había más que ver su cara, sus hombros y su boca para saber que era una mujer con determinación. Aunque la admiraba por ello, por otra parte quería aplastar aquel orgullo y hacerla completamente suya.

Era la primera vez en su vida que sentía algo así.

-La comida debe de estar lista -dijo bruscamente.

Comieron en la terraza, bajo la atenta mirada de Fancy, una golden retriever, y la compañía de los pájaros que perseguían a los insectos.

-Me encantan los pajarillos -comentó Paige para romper el silencio-. Es difícil creer que sean cazadores, ¿verdad?

-Todos somos cazadores -contestó Marc sonriente-. Y presas.

Sorprendida, Paige lo miró y sintió su mirada en la boca. Al instante, sus defensas se esfumaron y sintió que se sonrojaba de pies a cabeza.

-Una opinión muy interesante -consiguió decir. Marc se encogió de hombros.

-Así es la vida. Mira tu compañera de piso, por ejemplo.

-¿Sherry? Ella no es una víctima y, desde luego, no...

-Quiere el dinero que los hombres que van a ver cómo se desnuda le dan -la interrumpió Marc-. Cuanto más provocativa sea, más dinero le darán. No creo que vaya más allá.

-No lo hace, no -contestó Paige enfadada-. Es bailarina.

-Así que es una fría transacción comercial. Anima a los clientes a que fantaseen con ella sin darles el más mínimo afecto o respeto.

Paige parpadeó sorprendida. ¿Y aquello lo decía un hombre que tenía una amante? ¿Creía acaso que se había portado él con afecto y respeto hacia Juliette?

-Lo hace por Brodie -le aclaró-. Además, no creo que los hombres

que van a verla bailar quieran su afecto ni su respeto.

-Tu lealtad no tiene precio -se burló Marc-. ¿Y tú por qué no te desnudas también? Ella gana más que tú, ¿verdad?

Paige dejó los cubiertos en el plato y lo miró a los ojos.

-Porque puedo hacer otras cosas y no tengo que mantener un niño -le espetó con frialdad-. Sherry creció en un hogar roto y estaba en la calle con catorce años. Se las apañó como pudo y luego se casó convencida de que iba a ser para siempre. Cuando le dijo a su marido que estaba embarazada, se largó a Australia y la dejó con un montón de deudas. No le gusta trabajar como bailarina de desnudo, pero no tiene más remedio que hacerlo para ahorrar dinero y poder darle a Brodie una vida decente.

-Eso la convierte en presa -apuntó Marc con calma y cambió de tema con insultante desinterés-. Come -le indicó-. Hace horas que hemos desayunado y no has tomado nada en el avión. Debes de tener hambre.

Tenía razón, así que dio buena cuenta de su ensalada de judías con fresas mientras Marc le contaba la vieja leyenda de la pareja que había dado su vida el uno por el otro.

Adormecida por el sol, a Paige le costó un gran esfuerzo no perder el sentido común.

-Muy romántico -apuntó cuando Marc hubo terminado-. Es como Romeo y Julieta, pero a los Pacífico del Sur.

-Y no te crees nada -sonrió Marc.

-No es eso, pero apuesto a que, si es verdad, ambos eran muy jóvenes.

-¿Eso quiere decir que sólo los muy jóvenes e ingenuos son capaces de enamorarse tanto como para dar la vida por la persona amada? -dijo dando un trago al vino-. Puede que tengas razón.

Paige se dio cuenta de que la estaba mirando con intensidad y abrió la boca para hablar, pero Marc siguió con su diatriba.

-¿Cuántos años tienes? -le preguntó-. ¿Veintitrés años? A mí me parece que eres muy joven -concluyó divertido.

Paige se sonrojó de pies a cabeza y desvió la mirada.

-Si creer que el amor es un sentimiento demasiado valorado es ser una incrédula, supongo que lo soy.

Marc enarcó una ceja.

-Estoy completamente de acuerdo contigo. El amor está sobrevalorado.

Paige ya lo sabía. Entonces, ¿por qué aquellas palabras la habían dolido?

-¡Increíble, tenemos algo en común! –exclamó mordiéndose la

lengua al instante. Marc asintió.

-Se suponía que mis padres se querían, pero yo sólo recuerdo sus peleas y sus silencios.

Paige miró hacia el suelo.

-Mis padres no discutían. Mi madre me dijo que no entendía qué había pasado. Ella creía que tenían un matrimonio maravilloso... hasta que volvimos de Disneylandia y nos encontramos con que mi padre se había ido a vivir con su secretaria. Yo creo que por eso nunca lo superó.

Nada más contarle aquello, deseó no haberlo hecho.

-Debió de ser horrible -apuntó Marc.

-Como supongo que tú sabes, no hay una manera fácil de lidiar con los desastres del matrimonio. Yo me sobrepuse -dijo aceptando una taza de café.

-Pero tu madre, no.

Paige lo miró sorprendida.

-Veo que tu detective ha hecho un buen trabajo.

-Tómate el café -le indicó Marc pasando por alto su acidez-. ¿Por qué no te echas una siesta?

Una vez en su habitación, Paige decidió que Marc era una buena persona. Había conseguido controlarse y no echarla de su casa, que era obviamente lo que quería hacer, y la trataba con educación.

Tumbada en la cama, intentó una y otra vez olvidarse de él, pero la enigmática conversación que habían mantenido se reproducía una y otra vez en su cabeza.

Le había contado demasiadas cosas sobre sí misma. Era cierto que él le había dicho que sus padres habían sido infelices, pero, ¿qué le había querido decir con eso? Era un hombre tan controlado que aquella confidencia tenía que tener un fin.

Cuando se encontró pensando en él, pero de manera mucho más sensual se puso en pie y miró por la ventana, pero él se le coló en la mente de nuevo.

¡Si por lo menos hubiera tenido un amante! Así, al menos, los encantos de Marc no la afectarían tanto y la harían delirar de deseo.

Había leído que la primera vez no solía ser tan bonito como una esperaba y, al fin y al cabo, Marc era un hombre normal y corriente, muy guapo, sí, pero no podía hacer milagros.

-En cualquier caso, no va a pasar nada -dijo en voz alta.

Marc debía de tener gran experiencia y Paige suponía que le querría que las mujeres con las que se acostaba fueran experimentadas también.

Deseó pensar en cosas más tranquilas, como por ejemplo que,

cuando volviera a Napier, seguro que iba a tener trabajo.

Gracias a Marc.

Al final, se volvió a tumbar en la cama y se quedó dormida. Entonces, los pensamientos se tornaron sueños y, cuando un gran estruendo la despertó, estaba sonriendo.

El gran estruendo era Marc llamando a la puerta.

-¿Estás bien? -le preguntó.

-Sí -contestó Paige con el pelo revuelto-, pero hace un momento me perseguían los piratas -añadió intentando hacer desaparecer su ceño fruncido.

Bueno, un pirata en realidad.

¿Por qué habría dicho eso? Marc enarcó una ceja y la hizo sentirse insignificante y estúpida. Aun así, no podía dejar de mirarlo.

Algo dentro de ella estalló por los aires en mil pedazos y Paige supo que jamás iba a poder unirlo de nuevo. Sospechó que era su preciada independencia.

Alarmada, dio un paso atrás.

-Entonces, menos mal que te he despertado -observó Marc.

Pero algo había cambiado. Su tono de voz era más primitivo y su mirada más oscura.

-Eh, sí -dijo Paige con la boca seca-. Voy a lavarme la cara.

Marc se encogió de hombros.

-Muy bien -dijo-. Te espero en la terraza. Había pensado que, tal vez, te apetecería dar un paseo por las colinas que hay detrás de casa.

Paige asintió nerviosa. Le parecía una buena idea. Necesitaba actividad para acabar con la adrenalina que la tenía en tensión. Hubiera preferido escalar una montaña, pero un paseo no estaba mal.

-No tardaré -le dijo cerrando la puerta.

Cuando arrojaba sobre ella aquel letal encanto masculino, tenía que tener cuidado para no caer en la trampa más vieja del mundo: la trampa del sexo.

Paige se lavó la cara y respiró profundamente un par de veces antes de ir a reunirse con él.

Al llegar, lo encontró dado la vuelta, mirando al mar, y se paró unos segundos a disfrutar de tanta belleza. Al sentir una punzada de deseo en la entrepierna, apretó los dientes y salió a la terraza.

-Parece que va a llover, ¿no? -apuntó señalando el horizonte.

-Sí, el viento ha cambiado, así que no me extrañaría que lloviera --contestó Marc mirándola apreciativamente -. ¿No vas a tener frío?

¿Frío? ¡No! En realidad, estaba muy calentita.

-No, no hace frío -contestó acercándose y mirando el horizonte.

Decidió que, una vez que él se hubiera ido, se pasaría todo el día

recorriendo aquel lugar tan maravilloso que había de guardar para siempre en el recuerdo. La combinación de plantas, flores y árboles era tan formidable que la jardinera que había dentro de ella estaba extasiada.

-Supongo que, cuando vives en una isla, más te vale entender el tiempo -observó enrojeciendo al recordar las circunstancias en las que había muerto su padre.

-Ya no es tan importante como antes. Ahora, tenemos los últimos avances para la previsión del tiempo -contestó Marc-. Por aquí -le indicó comenzando a andar con el perro delante-. Es un poco escarpado, así que vamos a hacer un poco de ejercicio -añadió un tanto burlón.

El camino que tomaron estaba rodeado de árboles pohutukawa y llegaba hasta una colina cubierta de follaje. Lo que más le gustó a Paige fue que al lado corría un arroyo cantarín que repiqueteaba contra las piedras.

-Huele de maravilla -observó atravesando el curso del agua saltando de piedra en piedra-. A verde, a Naturaleza en estado puro...

-Nunca hemos talado nada, así que los árboles que nos rodean tienen cientos de años -le explicó Marc.

Lo tenía tan cerca que apretó el paso y él, por supuesto, la siguió sin problema. Paige se concentró en subir por la pendiente y agradeció que Marc no hablara durante los siguientes diez minutos.

-¡Mira! -exclamó Paige señalando un rayo de sol que justo estaba iluminando una seta violeta.

Pero la luz se apagó como si alguien hubiera desconectado el interruptor.

-¿Ha sido por esa nube...?

-¡Calla!

Paige se paró, al igual que Marc, y siguió su mirada hacia el cielo, que se había oscurecido de repente.

-Truenos -dijo Marc visiblemente enfadado consigo mismo-. Me debería haber dado cuenta -añadió poniéndole una mano en el hombro-. Estamos en el punto más alto de por aquí y, para colmo, bajo los árboles. Perfecto para que nos caiga un rayo encima. ¡ Fancy, ven!

En ese momento, como para reforzar su advertencia, se oyó otro estruendo y Marc le apretó el hombro.

-¡Deprisa! -le ordenó girándola y empujándola camino abajo.

Paige comenzó a correr mientras los truenos cada vez eran más y sonaban más cerca. Sentía la peligrosa energía que se estaba formando entre las nubes.

Se resbaló un par de veces, pero logró mantener el equilibrio. Marc iba delante de ella. Podría haber corrido mucho más rápido, pero se quedó cerca de ella por si se caía.

«Siempre tan galante», pensó intentando no sentirse agradecida. «No quiere decir nada. Son restos de tiempos prehistóricos cuando los hombres debían defender a sus mujeres de los animales y de otros hombres».

Obviamente, ya no había animales peligrosos por allí y, además, ella no era su mujer, así que no hacía falta que la protegiera. Aun así, Paige no pudo evitar entender el halo seductor de la fuerza masculina.

Una extraña euforia se apoderó de su corazón y supo que jamás en su vida olvidaría aquel descenso a la carrera.

-¿Vas bien? -le preguntó Marc girando la cabeza.

-¡Estupendamente! -contestó Paige exultante.

-Vamos a tener suerte… lo peor de la tormenta no va a alcanzar la isla -observó Marc-. Sigue, ya casi hemos llegado.

Unos cientos de metros más allá, cuando ya se veía el jardín, la tomó de la mano y la obligó a resguardarse bajo unos árboles cuyas enormes hojas formaban un paraguas perfecto.

-Aquí no nos mojaremos mucho -apuntó Marc.

-Podríamos llegar a tu casa… -protestó Paige -No sin mojarnos y te advierto que está cayendo granizo.

Era cierto que la temperatura había descendido significativamente.

-No soy de porcelana -dijo Paige sin demasiada convicción.

-Eso es obvio, pero el granizo puede hacerte daño. No es como la lluvia, ¿sabes? Aunque no veían el cielo, la fuerza de la tormenta los abrazaba. En pocos segundos, Paige empezó a sentir el frío. Apretó los dientes, pero no pudo evitar ponerse a temblar.

-Aquí llega -anunció Marc poniéndola detrás de él.

La lluvia arreció y el ruido se hizo insoportable. Pronto, estaban a oscuras con rayos y truenos a su alrededor. Marc estaba tranquilo y Fancy se había apretado contra sus piernas.

Aunque tenía frío y se había mojado un poco, Paige seguía estando eufórica como si se hubieran bebido unas cuantas copas de champán. Intentando controlar sus emociones, hizo repaso mental de todas las razones que tenía para despreciar a aquel hombre.

No podía negarle que la había protegido de la tormenta y, por ello, el corazón de Paige estaba cantando una de las melodías más antiguas del mundo y su cuerpo estaba más vivo que nunca.

Pensó que recordaría aquel momento en el lecho de muerte. Aquello la aterrorizó y decidió hacer algo.

-Ya estoy mojada, así que me da igual mojarme un poco más -dijo

pasando a su lado.

Marc la agarró de la muñeca y la obligó a estarse quieta.

-No hagas tonterías -le espetó-. Todavía podría volver a granizar. Sólo durará unos minutos más, así que...

«No voy a mirarlo, no voy a mirarlo», se dijo Paige mirándolo.

Se hizo un silencio sepulcral entre ellos y Marc dijo algo en francés que a Paige jamás le habían enseñado en el colegio y le soltó la mano.

Paige se dio cuenta de que le había costado un gran esfuerzo dejarla ir y paladeó el momento.

No dio un paso atrás. No podía moverse. En mitad de los truenos, acertó a decir una sola palabra.

-Es la primera vez que dices mi nombre -dijo Marc con pasión-. Paige.

Aquello fue como una caricia con una promesa sensual que no se había molestado en ocultar, pero Marc esperó mirándola con los ojos muy abiertos.

¿Qué estaba haciendo? ¿La estaba instando a que diera el primer paso?

Paige sintió una gota de agua en los labios y, en un abrir y cerrar de ojos, se vio catapultada contra aquel cuerpo fuerte y erecto y contra aquella boca que se mostró controlada y prudente... durante una décima de segundo.

Lo que tardó Marc en perder el control y besarla como si fueran amantes que hubieran estado mucho tiempo sin verse, como si se hubieran besado infinidad de veces antes y como si aquel fuera el último beso de sus vidas.

Capítulo 7

E L DÍA en el que su jefe había intentado besarla, Paige se había zafado de él y le había dirigido toda clase de improperios. Marc le había hecho lo mismo, pero a él lo había dejado hacer. De hecho, había abierto la boca en cuanto había notado sus labios y lo estaba besando con la misma pasión que él a ella.

Mientras se besaban en mitad de la tormenta, pensó que aquello era lo que había sentido la primera vez que lo había visto: un apetito salvaje que no conocía fronteras ni limitaciones.

Marc la abrazó con fuerza. Su instinto de supervivencia, le indicó a Paige que debía soltarse y correr hacia la casa, pero un instinto mucho más primitivo la retó a quedarse, a descubrir qué tenía Marc Corbett para ser el único hombre que había conseguido dar al traste con sus convencimientos más sólidos.

Sin dejar de besarla, Marc deslizó un dedo por su garganta y dibujó la silueta de sus senos. Paige sintió una descarga eléctrica y, temblando, volvió a susurrar su nombre.

Marc le acarició con el pulgar los pezones. Paige sintió que se quedaba sin aliento. La tormenta que se estaba produciendo en su interior no tenía nada que envidiarle a la del exterior.

Marc se apartó un poco y la miró a los ojos para que se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

Rendirse.

El calor de su mirada se tornó un brillo frío cuando vio la cara de horror de Paige. Aquel hombre le había sido infiel a su esposa como la cosa más normal del mundo y ella lo acababa de besar como si fuera el amor de su vida.

-Suéltame -dijo con desprecio.

Marc se apartó al instante.

-¿Qué hacemos ahora? -preguntó él con dureza.

Paige se sonrojó de vergüenza y se sintió fría, sola y vacía.

-Nada -contestó en un hilo de voz.

Esperaba que Marc protestara, que se negara, algo, pero él se limitó a sonreír.

-Entonces, será mejor que volvamos a casa y nos olvidemos de lo que acaba de suceder -apuntó con cortesía-. Ya ha parado de llover.

Paige salió de debajo de los árboles y vio que el sol volvía a brillar con furia.

-Va a haber otros encuentros y no creo que ninguno podamos olvidarlos -añadió Marc a sus espaldas en tono irónico.

-No va a volver a pasar -le espetó Paige-, pero, en cualquier caso, a ti no creo que te cueste mucho olvidarlo. Las mujeres son de usar y tirar, ¿no?

-¿Por qué dices eso? -rugió Marc.

-Lo sabes perfectamente.

-No lo sé -insistió enfadándose por momentos-. Explícate.

Paige se mordió el labio.

-Lo que quiero decir es que siempre consigues lo que quieres de las mujeres y que es sólo un placer momentáneo.

-¿Ah, sí? -sonrió Marc con crueldad.

Acto seguido, se acercó a ella y volvió a besarla. Fue un beso que no duró mucho, pero Paige no pudo evitar responder con ardor.

-¿Esto es momentáneo? -se burló apartándose.

Paige se sonrojó al instante. No era una mujer sofisticada de esas que sabían jugar con el sexo. Mientras avanzaba hacia la casa, intentó ignorar al hombre que caminaba a su lado.

-¿Y de dónde te has sacado que para mí el sexo es un juego? ¿Te lo dijo Juliette?

-No hace falta ser muy lista para saber que siempre se puede conseguir a la mujer que deseas cuando eres rico -contestó Paige con desprecio.

-Tienes razón, pero sólo un tipo de mujer y las mujeres ricas hacen lo mismo. Siempre hay determinado tipo de hombres que están dispuestos a caer en sus redes por su dinero -apuntó Marc-. Pero no has contestado a mi pregunta.

Habían llegado al jardín y Marc le abrió la verja y la dejó pasar. Con mucho cuidado para no rozarlo, Paige pasó a su lado.

-No tienes derecho a preguntarme cosas así

-contestó-. Mis conversaciones con Juliette son privadas.

-Así que te lo dijo ella -sentenció Marc.

Paige esperó a que Marc lo negara, pero no dijo nada. Cuando ya habían recorrido el jardín y habían pasado junto a la pista de tenis, reflexionó en voz alta.

-La traición de tu padre debió de traumatizarte y tu amistad con Sherry te ha debido de hacer creer que las personas se explotan unas a otras continuamente.

Paige lo miró encolerizada.

-Ya hemos hablado de esto antes.

-Me sorprende que aceptes su solución -apuntó

Marc apartando una rama para que Paige no se mojara.

-Sherry hace lo que tiene que hacer -le espetó Paige-. Así somos las mujeres, ¿sabes? Sobrevivimos como sea aunque no sea fácil.

-Si te parece tan bien, ¿por qué no te dedicas tú también a desnudarte en un escenario? -le preguntó mirándola de arriba abajo.

Paige se quedó lívida pues su mirada había sido como si sus manos recorrieran su cuerpo.

-Tienes un buen cuerpo y bailas de maravilla. Seguro que podrías ganar tanto como ella.

Paige apretó las mandíbulas.

-No es para mí -dijo.

-¿Y qué te parece si te propongo pagarte para que te quedes conmigo... digamos un año? Luego, podrás marcharte.

Paige tragó saliva indignada. No podía estar hablando en serio.

-No digas tonterías -contestó.

-Por cómo me has besado, no creo que mi propuesta sea precisamente ridícula -observó Marc con crueldad-. En un año yo creo que nos daría tiempo a disfrutar lo suficiente el uno del otro.

Paige sintió que se le hacía un nudo en la garganta mientras lo escuchaba hablar así y sentía que sus sueños, de los que no había sido consciente, se rompían uno a uno.

-Por supuesto, cuando te vayas, te daré dinero suficiente para que pongas el negocio que quieras y te mantendré durante un par de años, hasta que puedas vivir de él -dijo Marc con frialdad-. Tú lo único que tendrías que hacer sería satisfacerme. Yo, por mi parte, te aseguro que sabría satisfacerte.

-No soy una prostituta -exclamó Paige sin querer mirarlo.

Temía que viera en sus ojos que, durante una fracción de segundo, se había sentido tentada por su propuesta.

-La propuesta sigue en pie.

Paige se paró y se giró hacia él con furia en los ojos.

-¡No sé qué haría si tuviera un hijo! Sherry cree que lo único que tiene es su cuerpo. Lo que quiere es que su hijo no tenga la misma infancia que ella y, para ello, necesita dinero. Por eso baila, para conseguirlo cuanto antes... ¡Eres un esnob de mente estrecha! -le espetó al ver que Marc ni se inmutaba.

-¿Te crees que no lo sé? -contestó con frialdad-. Hay mujeres como Sherry en todas las clases sociales. Las de la mía son más sofisticadas, pero hacen lo mismo.

Paige se preguntó si estaría pensando en su amante.

-Te sentaría bien estar en su pellejo durante un año -dijo Paige andando hacia la casa-. A ver si, así, no juzgabas a la gente con tanta ligereza.

Marc la vio alejarse, con los hombros alzados por el enfado y un sensual contoneo de caderas. El sol le caía por el pelo y lo hacía

parecer miel recién recogida.

Sintió una oleada de calor por todo el cuerpo, un calor que derretía la lógica y el sentido común. Apretó los dientes y la alcanzó en un par de zancadas.

-Vaya, veo que ha llegado Lauren -dijo-. Es una ejecutiva de mi empresa. No te la he presentado formalmente, pero la conoces. Es la mujer que estaba conmigo en Napier. Le encanta Nueva Zelanda.

Paige alzó la vista y vio con rabia a la mujer que se dirigía hacia ellos. Aquella era la mujer que le había fastidiado la vida a Juliette. Sí, no hacía falta ser muy lista para dilucidar qué era lo que le interesaba de Nueva Zelanda.

Paige tomó aire y sintió un inmenso dolor en el corazón. Al instante, echó los hombros hacia atrás y levantó el mentón para sonreír haciendo un supremo esfuerzo a la mujer que se había burlado de ella en el local de Sherry.

Lauren Porter era delgada, elegante y, mucho más importante, inteligente. Además, era el colmo de la sofisticación y tenía tanta confianza en sí misma como Marc. A su lado, Paige era una niña.

Aquello la hizo tener una mala predisposición hacia ella. Estaba claro que Juliette tampoco había sido competencia para ella.

-Nos volvemos a encontrar, ¿eh? -dijo Lauren-. ¿Te gusta la isla?

-Sí, mucho, gracias -contestó Paige con educación.

-Nos hemos mojado un poco -intervino Marc-, así que será mejor que nos vayamos dentro.

Una vez en su habitación, Paige se duchó y se cambió de ropa. Mientras lo hacía, se preguntó por qué la amante de Marc le había sonreído.

Parecía muy... en fin, amable.

Se puso unos vaqueros y una camiseta de algodón blanco mientras se preguntaba sintiéndose muy pequeñita dónde se habría comprado Lauren el precioso pantalón negro que llevaba y el jersey de lana de cachemir roja. La cazadora que llevaba era de cuero, así como los guantes.

«Tiene mucha clase», pensó Paige mirándose en el espejo.

Se encogió de hombros. No era competencia para ella.

¿Y por qué la habría besado Marc? ¿Qué pensaría Lauren si se enterara? Tal vez, al ser una mujer de mundo, no le importara que su amante tuviera otros escarceos.

Si fuera suyo, Paige tenía muy claro que le sacaría los ojos a la que se acercara a él...

-¡No! -exclamó apretando los puños.

Aparte de ser una horrible deslealtad hacia Juliette, no tenía

ninguna oportunidad de que sucediera. Marc Corbett no estaba a su alcance.

Tragó saliva y salió de su habitación dispuesta a enfrentarse a él.

Al llegar a la sala en la que él le había indicado que se verían, la encontró vacía. El ama de llaves llegó al poco rato.

-El señor me ha pedido que le dijera que ha surgido una emergencia de negocios y que no va a poder cenar con usted -le informó.

-Muy bien -contestó Paige.

-¿Le traigo la cena aquí? -le preguntó la señora Oliver señalando una mesa.

-Sí, gracias. ¿La ayudo?

-No hace falta -sonrió la mujer-. Le serviré la cena en media hora. Si quiere ver una película después de cenar, no hay ningún problema. Tiene usted unas cuantas que Marc ha hecho traer.

-Una idea excelente.

Después de cenar deliciosamente y de ver una buena película, Paige se fue a su cuarto con una estúpida sensación de abandono.

-¡Tonterías! -exclamó dando un portazo.

El hecho de que Marc hubiera admitido que la deseaba no le daba derecho a obsesionarse con él.

Sus besos habían sido dinamita y su respuesta le había dado miedo. Marc había aplastado todas las barreras que ella había ido colocando durante los años.

Lo deseaba con brutalidad, pero era sólo deseo, no amor. Se dijo que, por lo tanto, no tenía por qué sentir que se había traicionado a sí misma. El amor significaba necesidad, dependencia, sacrificio y eventual rechazo, pero el deseo no era más que algo físico, mucho más seguro.

Si hubiera tenido más experiencia, a lo mejor se habría planteado tener una aventura con él. Mientras se metía en la cama, se preguntó si no sería mejor dejarse llevar, dar rienda suelta a la pasión.

¿No sería como un exorcismo? Tal vez, fuera la mejor solución.

-No seas idiota -se dijo-. Empezar la vida sexual con un magnate arrogante, autocrático y desleal no sería muy inteligente por tu parte.

Sin parar de pensar en él, se metió en la cama. ¿Por qué tendría tanto empeño en cumplir la última voluntad de Juliette?

Estaba claro. Sabía que la había hecho sufrir siéndole infiel y se sentía culpable.

Paige apagó la luz y rezó para dormirse pronto, pero no tuvo suerte. Su cerebro no paraba de recordar con desesperante claridad los besos de aquella tarde, los estímulos sexuales que había sentido, sus

caricias, su erección...

Cuando creía que su cuerpo no iba a poder soportar más excitación, sonó el teléfono que había en la mesilla.

-¿Sí? -contestó.

-¿Por qué no llamas a Sherry y le dices que has llegado bien? -le dijo Marc al otro lado del hilo. Paige sintió un intenso subidón de adrenalina. -¿Ahora?

-No es muy tarde. Te paso.

Paige abrió la boca para decir algo, pero oyó un clic y la voz de Sherry. Tras hablar con su amiga, que le informó emocionada de que había hecho una entrevista para un trabajo que le interesaba mucho cuidando a unos niños en el campo, Paige apagó la luz de nuevo y dio gracias por que hubiera gente que estuviera dispuesta a ver más allá de la bailarina de desnudo.

Sherry era una buena mujer, responsable y cumplidora, que merecía una oportunidad... aunque aquello significara que Paige no pudiera pagar el alquiler sola. Se apresuró a apartar aquel pensamiento de su cabeza y se alegró sinceramente por su amiga.

Volvió a sonar el teléfono y Paige contestó. -¿Todo bien? -le preguntó Marc.

-Sí, gracias -contestó Paige oyendo la voz de Lauren.

-Lo siento, te tengo que dejar. Buenas noches, Paige.

-Buenas noches.

De buenas tuvieron poco y Paige pasó varias horas en vela escuchando las olas del mar mientras se preguntaba si el asunto tan urgente que había hecho que Marc se tuviera que ir no era sus ganas de acostarse con Lauren.

Metió la cabeza bajo la almohada e intentó no imaginarlos juntos. Al final, consiguió quedarse dormida, pero tuvo un sueño inquieto y, cuando a primera hora de la mañana oyó un helicóptero que despegaba, se levantó sin pensarlo.

¡Marc se iba!

Capítulo 8

PARA cuando Paige llegó a la terraza, apartó las cortinas y subió las persianas, el helicóptero ya estaba sobrevolando el mar.

Al instantáneo vacío que sintió se unió un dolor tan intenso que tuvo que apoyarse en la pared. Buscó el aparato con los ojos y lo halló convertido en una diminuto puntito en el horizonte.

-Adiós -susurró.

-Buenos días -dijo Marc demasiado cerca.

Paige dio un respingo y se giró. Allí estaba, con unos pantalones que le quedaban de miedo y el torso al desnudo.

No se había afeitado y parecía un bucanero, sensual y peligroso.

Paige sintió una explosión en el estómago. Aunque su primera reacción hubiera sido salir corriendo y refugiarse en su habitación, se quedó donde estaba e intentó mantener la calma.

Tomó aire y deseó haberse peinado.

-Buenos días -contestó intentando ignorar la vieja camiseta con la que había dormido-. ¿Dónde va el helicóptero? -añadió intentando no derretirse ante su sonrisa.

-Es Laura, que se va a Kerikeri. Tiene que tomar el vuelo de las ocho a Auckland.

-Creí que te ibas a ir con ella -apuntó Paige.

-No me voy hasta después de comer -contestó Marc-. ¿Has dormido bien?

-Muy bien, gracias -mintió Paige anonadada ante aquellos ojos azules-. ¿Y tú?

-Me costó un tiempo conciliar el sueño, pero sí, he dormido bien -contestó-. Siento mucho lo de anoche. Surgió una cosa que no podía esperar -añadió sin darle tiempo a torturarse con imágenes de Lauren y él en la cama.

-No pasa nada. Cené muy bien y vi. una película muy buena -contestó Paige temblando ligeramente por la brisa marina.

-Deberías ir a cambiarte de ropa -apuntó Marc.

¿Nunca se le escapaba nada?

-Nos vemos en media hora para desayunar -añadió.

-Muy bien -dijo Paige cerrando las persianas y volviendo a su habitación.

Media hora después, emergió de ella y se encontró con Marc.

-Una mujer puntual -sonrió él-. ¿Tienes hambre? -añadió con ironía.

La tenía, pero, al verlo recién afeitado y con una camisa oscura que

ensalzaba los dos zafiros que tenía por ojos, se le había quitado.

Intentando controlar sus impulsos, lo siguió a la sala donde había cenado la noche anterior. Una vez allí, los recibió Fancy.

-Debe de echarte mucho de menos cuando no estás -comentó Paige.

-No sé -contestó Marc poniéndole la silla-, yo creo que la echo yo más de menos a ella -sonrió mirando al animal.

Mientras se sentaba, Paige pensó que había pasado una eternidad desde el día anterior a la misma hora, cuando estaba paseando a los perros de la señora Greig en Napier.

Desde luego, habían pasado unas cuantas cosas interesantes. La primera, besar a Marc Corbett.

«Algo que te cambia la vida», se rió para sí misma.

Se quedó mirando la fuente de tostadas y beicon y la jarra de zumo de naranja recién exprimido y percibió el aroma del café.

Se dijo que unos cuantos besos no eran para tanto, pero los besos de Marc la habían descontrolado.

-¿Te pasa algo? -le preguntó él-. Ah, sí, dijiste que tardabas un rato en despertarte por las mañanas, ¿no? ¿Quieres un café?

-Sí, gracias -contestó Paige-. ¿Tomas porridge para desayunar? -le preguntó intentando sacar un tema de conversación.

-Cuando estoy en casa, sí -contestó Marc mirando su plato.

-De tal palo, tal astilla, ¿eh?

Marc se encogió de hombros.

-En cuestiones de desayunos, sí -contestó-.

¿Qué vas a tomar tú?

-Fruta y tostadas, por favor -contestó Paige levantándose para servirse tamarindos en un plato con yogur por encima.

Mientras lo hacía se preguntó enfadada consigo misma cómo era posible que con sólo estar con él en la misma habitación se excitara.

Mientras desayunaban, mantuvieron una cortés conversación.

-Como el tiempo ha mejorado, podríamos dar un paseo alrededor de la isla -propuso Marc-. Así, te harás una idea de cómo es desde el mar.

-Muchas gracias, pero no hace falta que me entretengas -contestó Paige.

Marc enarcó una ceja.

-Sería una pena que te lo perdieras...

-No te sientas obligado, por favor.

-Paige, no te voy a volver a besar -le prometió.

Paige se sonrojó de inmediato.

-No vas a tener oportunidad -contestó apresuradamente-. ¿Podría

ver lo que me ha dejado Juliette, por favor? -añadió sintiéndose avara y sórdida.

-Por supuesto -contestó Marc con frialdad-. Te propongo un trato.

Sorprendida, Paige lo miró a los ojos.

-¿Qué tipo de trato?

-Le diré a Rose que te suba la caja a tu dormitorio cuando hayamos vuelto. A cambio, promete dejar de mirarme como si me fuera a abalanzar sobre ti. Siento mucho haberte besado -dijo Marc-. No voy a excusarme -añadió al verla revolverse incómoda en la silla-. Eres una mujer preciosa y perdí la cabeza durante un rato, pero te prometo que no volverá a suceder.

¿Por qué había pasado la noche con Lauren Porter? Tal vez, sintiera algún tipo de fidelidad hacia la que llevaba tanto tiempo siendo su amante.

«Como debe ser», se dijo intentando engañarse a sí misma.

-Muy bien -contestó.

-¿Te vas a comer ahora el desayuno en lugar de darle vueltas en el plato? -sonrió Marc.

Era obvio que se arrepentía de verdad de haberla besado.

-Sí -contestó Paige forzándose a tragar a pesar del nudo que tenía en la garganta.

La motora de Marc era más pequeña que el yate, pero aun así era mucho más grande que los barcos que tenía la mayoría de la gente.

Cierta melancolía se apoderó de su corazón y le ensombreció el día.

-¿Sabes algo de barcos? -le preguntó Marc mientras subían a bordo.

-Sé remar -contestó Paige-, pero poco más.

-Siéntate aquí -le indicó Marc señalándole los asientos de cuero blanco de la cabina ante los que se extendía el impresionante tablero de mandos.

Paige se sentó y observó cómo Marc manejaba el barco. Pronto, salieron, de la bahía y navegaron lentamente.

-¿A que te alegras de haberte puesto una cazadora? -sonrió Marc volviéndose hacia ella.

-Sí -contestó Paige acariciando a Fancy.

-En el mar, siempre hace más frío. ¿Quieres llevarlo tú?

Paige dudó, pero, al ver el reto en los ojos de Marc, accedió.

-No me dejes sola, ¿eh? -le dijo sin embargo.

-Confía en mí -contestó Marc haciéndose a un lado para que Paige tomara el timón.

Intentando ignorar el hecho de que estaba haciendo todo lo posible

para no tocarla, Paige llevó el barco durante media hora.

Marc recuperó el timón entonces y condujo la embarcación a una cala de arena blanquísima en la que la vegetación llegaba casi hasta el agua.

-Qué flores más maravillosas -comentó Paige con la boca abierta observando los lirios de todos los colores que sobresalían entre el follaje.

-¿Siempre te han gustado las plantas? -preguntó Marc.

-Sí -confesó ella jugando con un botón de la chaqueta-. A mi madre la volvía loca ya antes de ir al colegio. Solía desenterrar lo que plantaba para ver cómo estaba. Ya un poco mayor, comenzó a fascinarme el milagro en sí de plantar algo tan pequeño, esperar y ver aparecer una planta.

-¿Te interesan más las plantas que el paisaje entonces?

Paige sonrió ante su interés.

-Hay dos tipos de jardineros: los artistas que pintan con plantas y los joyeros que las tratan como si fueran piedras preciosas e intentan encontrar el lugar adecuado para cada una. Yo soy de los segundos.

Al cabo de unos segundos de silencio por parte de Marc, Paige levantó la cabeza y lo encontró mirando al horizonte pensativo.

-¿Irías a la universidad si pudieras pagarla? -le preguntó.

Paige se encogió de hombros.

-Por supuesto, pero no puedo.

Marc pulsó un botón para echar el ancla.

-¿Qué carrera harías?

¿Carrera? Paige se dio cuenta de que estaba tan ocupada intentando sobrevivir que sus sueños habían quedado relegados a un limbo gris.

-Me gustaría especializarme en híbridos -contestó-. En Nueva Zelanda es un campo apasionante porque tenemos muchas especies. No hay nada que me haría más ilusión que inventar un híbrido y verlo crecer.

Marc sonrió.

-Vamos a ver qué tal remas -anunció de repente.

-¿Para qué? -preguntó Paige sorprendida.

-Porque quiero cerciorarme de que sabes remar bien por si, en mi ausencia, quieres salir a navegar tú sola.

Paige se puso el chaleco salvavidas que Marc le dio y bajó a la lancha hinchable que la motora llevaba atada en la parte de atrás.

Dio un par de vueltas a la embarcación mientras Fancy ladraba emocionada y Marc la observaba con atención. Hacía más de un año que no remaba, pero aquello no se olvidaba, era como montar en bici,

así que se aventuró a pasearse un poco por el centro de la bahía.

Cuando sintió que le dolían las manos, volvió.

-Muy bien -dijo Marc ayudándola a subir-. Puedes salir a navegar tú solas cuando quieras -añadió poniendo la embarcación en marcha y volviendo a casa-. Prométeme que, si vas a salir a remar, se lo dirás a Rose. Ha nacido aquí, conoce la isla como la palma de su mano y, además, es muy buena con las predicciones del tiempo -le pidió al llegar.

-Por supuesto -contestó Paige-. No soy tonta.

-Ya lo sé -sonrió Marc derritiéndola-. Le voy a decir a Rose que te suba la caja de Juliette.

Una vez en su habitación, Paige se sentó y tuvo que controlar las estúpidas ganas de llorar que le habían entrado.

Al poco tiempo, la señora Oliver llamó a la puerta y entró con una cajita que Paige conocía.

«¿Por qué me deja el brazalete de su madre?», se preguntó.

-Tome -dijo la señora Oliver entregándole la caja y un sobre.

-Gracias -contestó Paige quedándose de nuevo a solas.

Se moría de curiosidad por abrirla, pero tardó varios minutos en hacerlo. Cuando lo hizo, no pudo reprimir las lágrimas.

Efectivamente, era el brazalete de la madre de Juliette, una pieza de oro y diamantes que había admirado desde pequeña y que su amiga le había dejado ponerse en su casa para que se sintiera como una princesita.

Con la vista nublada por las lágrimas, abrió el sobre y leyó.

¡Querida Paige., si algún día lees esto, será que Marc ha tenido razón insistiéndome para que hiciera testamento!

Perdona por haber tardado dos años en darte la carta. Hay una razón para ello, pero no es importante. Si algún día eso cambia, ya te enterarás, te lo aseguro.

Estoy segura de que Marc te habrá dicho que te quedes el tiempo que quieras en la isla, así que pásatelo bien. Es una orden.

Quiero que te quedes una semana porque trabajas mucho y estoy segura de que no has tenido vacaciones desde que tu padre se fue.

¿Te estás preguntando si tengo algún sabio consejo que darte? Pues bien, la respuesta es no. Lo único que te puedo decir es que disfrutes de la vida, sobre todo de tu estancia aquí.

Te quiero mucho, J.

Había una posdata.

Siempre fuiste mi mejor amiga y la hermana pequeña que nunca tuve.

Paige apretó la carta, se puso en pie y fue hacia la ventana. En ese momento, llamaron de nuevo a la puerta.

Abrió no sin antes guardar la carta bajo la almohada.

Por supuesto, era Marc.

-Has estado llorando -dijo.

-No, sólo recordando -contestó Paige-. ¿Juliette era feliz? -añadió sin pensarlo.

Marc la miró enigmático.

-Siempre estaba alegre y serena, así que supongo que era perfectamente feliz.

¿A pesar de la existencia de Lauren? Seguro que no.

-¿Por qué insistió en que viniera hasta aquí para darme el brazalete?

-No tengo ni idea -contestó Marc-. No la viste mucho después de que se fuera interna, ¿verdad?

-No -admitió Paige.

-Aun así, debíais de tener una buena amistad -observó Marc-. Juliette siempre tuvo muy claro lo que quería en la vida y te puedo asegurar que quería que vinieras -añadió mirando el reloj-. La comida ya está lista. ¿Comes conmigo?

No le había preguntado qué ponía la carta y no lo hizo.

Después de comer, Paige se sentó en la cama y oyó alejarse el rotor del helicóptero con amargas lágrimas en los ojos y un doloroso nudo en la garganta.

Aquella noche, Marc llamó desde Australia, la noche siguiente, desde Singapur y la tercera desde Tokio, en Japón.

Las llamadas continuaron y Paige se encontró esperándolas como agua de mayo.

No estaban mucho tiempo hablando, pero Paige descubrió que había otro Marc aparte del que la excitaba con su sola presencia.

Le contaba qué había hecho cada día, describía la ciudad en la que estaba, bromeaba un poco y le preguntaba qué había hecho ella.

Paige le contó que había una pareja de gorriones que se estaba comiendo los mangos directamente del árbol mientras la miraban con las cabezas ladeadas, que había salido a remar con Fancy un par de veces y que la señora Oliver estaba haciendo mermelada de guayaba y le había enseñado a preparar pavlovas.

Más tarde, se daría cuenta de que se había enamorado de él durante aquellas conversaciones telefónicas. De momento, sólo sabía que satisfacían una necesidad que sentía dentro de sí.

Una noche, Marc no llamó. Molesta, Paige intentó convencerse de que el día no estaba perdido por no poder hablar con él.

A la mañana siguiente, se levantó angustiada y decidió salir a remar un rato para tranquilizarse.

-Vuelva antes de las dos para que no la sorprenda la marea -le aconsejó la señora Oliver ofreciéndose a prepararle algo para comer-. Tenga en cuenta que, una vez en alta mar, lo más cercano es Suramérica.

Media hora después, Paige se montó en la lancha neumática con ropa, crema para el sol, comida y bebida para un regimiento. Fancy se montó con ella, encantada como siempre.

-Tome la correa -le dijo la señora Oliver-. Hay muchos kiwis en la isla y a Fancy no le sientan nada bien ¿sabe?

-Muchas gracias -contestó Paige-. Parezco Robinsón Crusoe. ¿No creerá que me voy a comer todo esto?

-La brisa del mar abre el apetito considerablemente -sonrió la señora Oliver-. No va a nadar, ¿verdad?

-No, no me he puesto el bañador -contestó Paige-. No se preocupe, señora Oliver, he vivido toda la vida junto a un río.

-Si algo va mal, no salga de la bahía. Mi marido irá a buscarla.

-Muy bien -contestó Paige alejándose de la orilla.

Capítulo 9

UNA VEZ en la bahía, Paige y Fancy exploraron las cuevas y, cuando el sol estaba en vertical sobre ellas, se sentaron a comer. Desde luego, Rose Oliver era una excelente cocinera. Aunque no tenía mucha hambre, Paige se tomó un poco de la quiche de beicon y huevo y una chirimoya. Miró a Fancy, que estaba esperando a que le diera algo y le tiró un sándwich.

Al día siguiente, se tenía que ir de aquel lugar paradisíaco y tendría que dejar a aquella perra a la que quería tanto y a su dueño, al que no volvería a ver.

Aunque fuera a buscarla, ella no quería verlo. Con Lauren Porter en su vida, Paige sabía que Marc lo único que podía ofrecerle era mucho menos de lo que ella quería.

Miró el reloj y se tumbó a observar el cielo. Tenía tiempo para descansar un poco, así que cerró los ojos.

No fue una buena idea. Sin remedio y sin piedad, su mente reprodujo todas las conversaciones que había tenido con Marc, todos sus gestos, todas sus miradas...

Y todos sus besos.

Se puso en pie de repente, asustando a la perra.

-Vámonos -le dijo.

La perra tomó un palo entre los dientes y se lo dejó a los pies. Paige entendió el mensaje y se lo lanzó unas cuantas veces.

-Tú también lo echas de menos, ¿verdad? -sonrió con tristeza sabiendo que no iba a volver a ver a aquel animal tan querido.

Ni a la señora Oliver y a su tímido marido, ni la casa y sus maravillosos jardines, ni, por supuesto, a Marc.

Intentando tragarse el regusto amargo que sentía en la boca, fue hacia la lancha. Mientras esperaba a Fancy, se dio cuenta de que había decidido no depender de nadie para ser feliz tras ver a su madre hundida por el abandono de su padre.

Sin embargo, la masculinidad de Marc estaba dando al traste con aquella decisión. El problema era que ella quería de él mucho más que buen sexo. Quería la compañía que le había dado por teléfono, quería un futuro a su lado.

Sintió un escalofrío por todo el cuerpo que le llegó al corazón.

-No estoy enamorada de Marc Corbett -dijo en voz alta.

No era amor, por supuesto que no. Le gustaba hablar con él, pero sólo porque era un hombre inteligente y competente.

De repente, se dio cuenta de que Fancy estaba atrapada en una

corriente y no podía volver a la orilla.

-¡Fancy! ¡Ven aquí! -le gritó.

Fancy no la oía y la corriente se la estaba llevando contra las rocas. Paige sintió pánico. Si pasaba el espigón natural, saldría a alta mar.

¿Por qué le había tirado el palo al agua en lugar de por la playa?

Corrió a la lancha y se puso el chaleco salvavidas. Le pareció que pasaba una eternidad hasta que consiguió meter la embarcación en el agua.

Remó con todas sus fuerzas. Al cabo de un par de minutos, sintió la corriente bajo la lancha y vio que iba hacia la perra. Un repentino viento le revolvió el pelo, pero le dio igual. Estaba concentrada en agarrar a Fancy.

En cuanto lo consiguiera, iba a tener que remar con todas sus fuerzas para volver a la bahía porque tenía el viento y la corriente en contra.

Afortunadamente, esa combinación le permitió llegar hasta la perra antes de que se ahogara agotada de tanto nadar.

-Ven aquí -le dijo agarrándola del collar.

Tras un par de intentos, la perra estaba a bordo.

-¡Quieta! -le dijo cuando comenzó a sacudirse el agua del cuerpo-. Vas a volcar la lancha, ten cuidado. Tenemos que volver a la bahía -dijo remando con todas sus fuerzas-. Lo puedo hacer, lo puedo hacer -se dijo.

La corriente no se lo estaba poniendo fácil. Al cabo de diez minutos, miró hacia la orilla y se dio cuenta de que le quedaba mucho camino por recorrer.

Apretó los dientes y se concentró en remar con tranquilidad. ¿Dónde demonios estaban las demás embarcaciones que solían navegar por allí? Veía alguna lejos, pero no podía parar para hacerles señales.

-Es una conspiración -dijo intentando sonreír.

Los músculos de los hombros le estaban quemando por el esfuerzo, pero siguió remando. Al oír ladrar a Fancy, se giró y vio que se acercaba un yate.

-¡Estamos salvadas! -le dijo a la perra.

Sí, las habían visto e iban hacia ellas. Por si acaso, siguió remando. El yate se acercó lo suficiente como para que viera quién iba al timón: el mismísimo Marc.

-Dios mío -susurró al comprender el peligro que habían corrido.

Mientras, Marc colocó la embarcación entre la lancha y la corriente y apagó el motor. Paige esperó pacientemente hasta que la lancha neumática estuvo en la plataforma del yate.

-¿Estás bien? -le preguntó Marc tirando de ella visiblemente enfadado.

-Sí -contestó Paige mirándolo a los ojos.

-Sal, ya me ocupo yo de Fancy.

Paige se puso en pie, pero le fallaron las piernas y Marc tuvo que sujetarla con fuerza. Su primer instinto fue apoyarse en su pecho, pero no lo hizo.

-Estoy bien -insistió-. No entiendo por qué las piernas no me responden. Son los brazos los que tengo cansados.

-Es por el susto -le explicó Marc sentándola en una butaca-. No te muevas -le ordenó yendo a atar la lancha.

Fancy también estaba a bordo, sana y salva. -¿Por qué no has echado el ancla y has esperado a que se acercara alguien? -le preguntó Marc. -Porque la lancha no tiene ancla.

-Lo siento -dijo Marc tras blasfemar-. A partir de ahora, la tendrá.

Fancy eligió ese momento para volver a sacudirse el agua y Paige no pudo evitar reírse. El mundo volvía a ser un lugar maravilloso porque Marc había vuelto.

El sentido común le dijo que no lo conocía lo suficiente, pero un instinto más profundo y primitivo le dijo que lo había amado desde la primera vez que lo había visto.

Una parte de su corazón estaba segura de que era el hombre en el que podía confiar y lo había hecho, le había entregado su amor, aunque quisiera convencerse a sí misma de que sólo era deseo.

Giró la cabeza para ocultar las lágrimas que amenazaban con resbalarle por las mejillas, pero Marc las había visto.

-Estás agotada -apuntó-. Entra en la cabina. Te voy a preparar algo de beber. -Estoy mojada.

-Yo, también.

Como Paige no se movía, Marc la tomó en brazos y la metió en la cabina.

-Ha sido culpa mía -susurró Paige-. Le estaba lanzando el palo a Fancy y no me di cuenta de que la corriente era tan fuerte.

-Y te metiste en el agua a sacarla, ¿verdad? No pasa nada -dijo Paige sentándola en una butaca y buscando sus ojos-. ¿Quieres ducharte?

Paige se moría por ducharse, pero no tenía ropa seca y la idea de volverse a poner la que llevaba no le hacía mucha gracia.

-Prefiero esperar a llegar a casa... a tu casa -contestó.

Roja de vergüenza, cerró los ojos y sintió que Marc se alejaba para volver al cabo de unos minutos con un vaso de zumo de naranja.

-Siéntate -le indicó al ver que se había levantado.

-No sé si me voy a poder levantar de nuevo si lo hago -contestó Paige.

-Seguro que sí -dijo Marc-. Eres obstinada y no te das por vencida.

-Intento no hacerlo -contestó Paige.

-Una cosa que tenemos en común -apuntó Marc poniéndole la mano en el hombro y obligándola a sentarse-. Es agua con un poco de zumo -le indicó-. Estás deshidratada.

Así debía de ser porque Paige tenía mucha sed.

-Gracias, pero no necesito que me colorees el agua. Me gusta sola -dijo bebiendo.

-Sincera y directa -dijo Marc-. Aunque eres complicada también. Tienes miles de capas y no dejas que nadie te las quite.

-Cualquiera que te oiga, pensará que estás hablando de un cebolla. Pelar cebollas hace llorar.

-Hay hombres a los que eso les parecería un desafío -sonrió Marc.

-No estoy para desafíos en estos momentos. -¿Cómo te encuentras? ¿Te duelen los brazos y los hombros?

-No demasiado -contestó Paige.

-Enséñame las manos.

Paige se las tendió y Marc las tomó y le miró las palmas. Una descarga eléctrica acabó con el agotamiento. Paige tomó aire y se quedó muy quieta.

Marc también lo había sentido.

-Cinco minutos más y te habrías hecho unas buenas ampollas -dijo soltándole las manos-. Cuando lleguemos a casa, recuérdame que te dé una crema. Quédate ahí sentada y tómate el agua lentamente.

Paige lo observó mientras ponía el yate en marcha y se sintió inexplicablemente a gusto sabiendo que Marc cuidaba de ella.

Al cabo de un rato, empezó a tener calor, así que se quitó la cazadora y salió a tomar el aire. Fancy levantó la cabeza y la miró.

-Creía que volvíamos a tu casa -observó al ver que seguían en la bahía.

-Voy a ir a buscar tus cosas. No tardaré mucho. Tú quédate con Fancy, pero mejor métete dentro porque parece que tienes un poco de fiebre.

-Tengo calor, sí, pero no creo que sea nada.

-Vete dentro -insistió Marc sintiendo que se excitaba al verla tan vulnerable.

El viaje había resultado un infierno. Primero, le habían informado de que uno de sus consejeros de confianza había cometido un fraude gravísimo y lo habían despedido. Además, uno de los directores de Asia había tenido un desliz con las autoridades y éstas se lo habían

tomado muy mal. Marc había tenido que ir en persona para arreglar la situación, pero lo peor había sido que no se había podido concentrar como otras veces en su trabajo.

Aquello lo enfurecía. Paige lo distraía, había conseguido colarse en una parte de su vida, su trabajo, para el que siempre había tenido los cinco sentidos alerta.

Había vuelto antes de lo previsto a casa y allí había obtenido la prueba definitiva de que Paige le importaba de verdad cuando la preocupación se había apoderado de él al oír a Rose decir que había salido a remar y no había vuelto.

Cuando la había visto tan cerca de alta mar, remando con valentía, se le había helado la sangre en las venas.

«Cuanto antes nos acostemos, mejor», decidió convencido de que, así, conseguiría olvidarse de ella.

Como si sus pensamientos la hubieran conjurado, Paige apareció ante él con una cerveza en la mano.

-La habías dejado junto al frigorífico. ¿La quieres? -le preguntó.

Sí, la había sacado para tomársela, pero luego le había tocado las manos y se había olvidado.

-Gracias -contestó Marc aceptándola.

-No sabía que volvías hoy -observó Paige de repente.

-Yo, tampoco -dijo Marc-. No te quiero contar lo que he sentido cuando te he visto ahí en medio.

-Lo estaba haciendo bien -protestó Paige-. Habría conseguido llegar a la orilla tarde o temprano, pero admito que me he alegrado mucho de verte.

-Deberías haber dejado a Fancy a su suerte. La vida de un perro no es como la de un ser humano. -No estoy de acuerdo. -Eres demasiado buena... -¡Ja! -se burló Paige.

-Una mujer que no va a la universidad para quedarse cuidando a su madre y que le dice a su amiga embarazada y bailarina de desnudo que se vaya a vivir con ella tiene que ser buena persona. -¿Cómo sabes eso?

-Sherry me contó que la habías rescatado de un antro de mala muerte -le explicó Marc. -¡Tonterías!

-Cuando su marido la dejó, le ofreciste una cama, la ayudaste a conseguir un subsidio del gobierno y estuviste con ella cuando dio a luz.

-Cualquiera lo habría hecho -protestó Paige.

-No estoy de acuerdo. Se nota que Sherry está agradecida contigo porque te cuida, ¿sabes? A mí me dejó muy clarito que tuviera cuidado contigo.

Paige apretó las mandíbulas para no maldecir.

-Cuando te enfadas, se te ponen los ojos muy verdes -apuntó Marc- y cuando estás excitada, parecen de oro. Te veo en diez minutos.

Sorprendida, Paige lo vio alejarse en la lancha neumática y lo vio volver a los diez minutos, como había prometido.

-No te pongas al sol -la reprendió.

-Sí, señor -contestó ella.

Durante el trayecto de vuelta, no hablaron más, pero al bajar del yate Paige sonrió encantada y se cargó la bolsa al hombro.

-Luego nos vemos -dijo Marc en tono amenazador.

CUANDO te metas en la ducha, quédate un buen rato bajo el chorro para que el agua te caiga por los hombros y por la espalda -le dijo Marc alcanzándola en la puerta-. Le voy a decir a Rose que te suba la crema.

Paige se metió en la ducha e hizo lo que Marc le había indicado. Sintió alivio en los brazos, pero había una tensión mucho más profunda que le atenazaba los músculos.

¡Qué idiota! A pesar de todo lo que había hecho para evitarlo, de alguna manera se había enamorado de Marc Corbett, famoso por ser un rompecorazones. Se había dejado llevar por la fuerza de la naturaleza y había sucumbido.

-Como tantas otras -murmuró retirándose el pelo de la cara-. Como Lauren.

Sintió un gran dolor en el pecho. Tenía que disimular. Le quedaban una tarde y una noche con él y la mañana del día siguiente antes de volver a Napier.

Marc lo tenía todo organizado. El helicóptero debía recogerla a las nueve para llevarla a Kerikeri. Allí el mismo avión privado la llevaría de vuelta.

La única diferencia era que, en aquella ocasión, Marc no iba a ir con ella.

Intentando controlar un sollozo, se lavó el pelo.

-Puedo con ello -dijo con los dientes apretados.

«Porque no me queda más remedio», reconoció. «No puedo hacer como mi madre, cuya vida giraba en torno de un hombre y, cuando ese hombre desapareció, sintió que se moría».

Cuando vio que las manos se le estaba arrugando, salió de la ducha y se envolvió en una gran toalla dispuesta a secarse el pelo. Sentir el aire caliente en la cabeza la solía tranquilizar, pero no en aquella ocasión.

La tristeza estaba esperándola agazapada, como un depredador, dispuesta a saltar sobre ella en cuanto bajara la guardia.

Acababa de terminar, cuando oyó que llamaban a la puerta. Se apretó el nudo de la toalla y fue a abrir.

Pero no era la señora Oliver sino Marc. Él también se había duchado y se había cambiado de ropa.

Paige, con el corazón desbocado, intentó encontrar algo que decir, lo que fuera. Menos mal que llegó Fancy y pidió caricias.

Paige se agarró la toalla y acarició a la perra mientras intentaba buscar algo que decir.

-Vaya, sigue mojada -dijo por fin.

-No, es que la acabo de lavar para quitarle la sal -contestó Marc-. Toma la crema.

Había hablado con firmeza y decisión, pero la leve nota de aspereza que Paige detectó hizo que los músculos se le tensaran y las células se le derritieran.

Se irguió y lo habló sin mirarlo a los ojos. -Gracias, tengo las palmas de las manos un poco mal, la verdad.

Marc le dio el tubo y Paige lo tomó sin tocarlo. La sangre se le había agolpado en las sienes para entonces y se moría por susurrar su nombre y mirarlo a la cara.

Dio un paso atrás para cerrar la puerta con la mala fortuna que pisó a Fancy y perdió el equilibrio. Para no caer sobre el animal, dio un bandazo y, de nuevo, unos brazos fuertes y poderosos la agarraron.

De nuevo, estaba tan cerca de él que se reflejaba en aquellos ojos tan azules como zafiros.

-Esto se está convirtiendo en una costumbre -dijo Marc con voz ronca.

-No -musitó Paige sintiendo que el cerebro se le había derretido y no podía pensar.

Cuando sus labios se encontraron sintió que estaba buceando en el corazón del sol. Intentó resistirse hasta que su recién nacido amor unido a la certeza de no volver a verlo hicieron que se rindiera porque la sensación era demasiado potente para vencerla.

Se besaron con desesperación y Paige se vio sumergida en un torbellino de sensaciones. Le pasó los brazos por el cuello y se abandonó a su boca, a su olor, a su calor y a su fuerza masculina.

Sin poder evitarlo, respondió al ritmo de aquellos besos y fue cayendo en el encantamiento que Marc había inventado para ella con su boca y sus caricias.

Cuando sintió su mano en un pecho, se estremeció y volvió a hacerlo cuando su pulgar acarició el pezón. Sintió una cascada de sensaciones tan nuevas y frescas que le pareció que la angustia la embargaba con dulce ferocidad.

Por fin, iba a saber lo que era el deseo de verdad. Estaba verdaderamente contenta de haber esperado a amarlo para descubrirlo.

No tenía experiencia ni técnicas amatorias extravagantes que ofrecerle y era obvio que él no quería su amor, pero sí podía entregarle la sincera respuesta de su cuerpo y de su corazón.

Marc no sabía que era virgen y, tal vez, no valorara su regalo. De repente, se quedó rígida, inmovilizada por la timidez.

-Paige, mírame.

Por cómo había dicho su nombre, con deseo y ternura, Paige hubiera jurado que entendía su miedo.

Lo miró y Marc sonrió y la besó por el cuello y el hombro.

Paige sintió que le flaqueaban las piernas. Con una risa triunfal, Marc la tomó en brazos. Paige lo miró sorprendida por su fuerza y se encontró con un rostro lleno de pasión.

Y, entonces, se acordó de Juliette... y de Lauree Porter. Si se rendía, iba a ser una más de aquellas mujeres que habían entregado su amor a aquel hombre para descubrir demasiado tarde que para él eso no significaba nada.

Marc lo vio llegar y sus facciones se endurecieron al instante.

-Déjate de bromas -rugió dejándola en el suelo.

Avergonzada porque sus piernas no la sostenían, tuvo que apoyarse en su brazo para no perder el equilibrio, pero pronto encontró la fuerza para apartarse.

-Supongo que esto es un no -añadió Marc con ira.

Paige negó con la cabeza.

-No estoy dispuesta a satisfacer necesidades temporales -contestó enfadándose consigo misma por el tono dolido con que lo había dicho.

Marc enarcó una ceja y la miró con ironía.

-¿Qué quieres? -le espetó con desdén-. ¿Que te prometa que es para siempre?

-¿Qué sabrás tú de eso? -se burló Paige-. Juliette no era suficiente para ti y ni siquiera eres capaz de serle fiel a Lauren Porter, que parece dispuesta a venir a verte siempre que quieras.

-¿Eso te lo dijo Juliette? -gruñó Marc lívido.

-Por supuesto. ¿Quién me lo iba a decir sino ella?

-Pues se equivocó. Lauren y yo somos muy buenos amigos, pero no hay nada romántico ni sexual entre nosotros.

Paige sintió deseos de creerlo, pero no podía olvidar a su amiga.

-¿Y, entonces, por qué ella creía que sí?

-Al igual que yo, creció en una familia en la que su padre no podía dejar de tener aventuras -le explicó Marc-. Mi madre decidió no

aguantarlo, pero la suya aceptó que su padre tuviera amantes. Juliette creció con una perspectiva pragmática de las relaciones entre hombres y mujeres. Desde luego, no creía que un hombre y una mujer pudieran ser amigos. Según ella, en todas las relaciones tenía que haber un componente sexual.

Horrorizada por su ferviente deseo de creerlo, no dijo nada.

-No supe que veía a Lauren como una amenaza hasta poco antes de que se matara. Le dije a ella lo mismo que te estoy diciendo a ti. Cuando hago una promesa, la cumplo.

Paige no sabía qué decir y se dio cuenta de que se estaba retorciendo las manos.

-Mírame -le dijo Marc.

Paige negó con la cabeza.

-Paige, no me lo puedo creer. Eres una mujer luchadora. No seas cobarde.

Al detectar cierta burla tierna en su voz, Paige bajó la guardia y lo miró a los ojos. Inmediatamente, se sintió perdida por su brillo.

-Te deseo tanto -dijo Marc-. Tanto... Pero, si no me crees, no hay nada que hacer. Entre amantes debe haber confianza.

Un hombre que mintiera no podía hablar con tanta sinceridad.

Paige sintió un escalofrío de deseo por todo el cuerpo, sintió cómo sus pezones se endurecían bajo la toalla de baño.

-Paige -dijo Marc apretando los dientes-, date la vuelta mientras me voy y cierra la puerta con llave cuando haya salido.

Paige quería preguntarle si Juliette se había casado con él por razones prácticas, quería verle la cara cuando contestara, pero se olvidó de ello cuando sus ojos se encontraron.

En su mente y en su cuerpo se mezclaban el deseo más fuerte que había sentido en su vida con un gran alivio por haberse enterado de que su amiga había sabido la verdad antes de morir.

-Gracias por... -dijo-. Necesitaba saberlo. Me alegro mucho de saber que Juliette murió sabiendo que no tenías... que no le eras...

Marc alargó la mano y le secó una lágrima.

-Yo, también -contestó-. Yo no me merezco tus lágrimas, Paige, y a ella no le hubiera gustado verte llorar. Me tengo que ir -anunció. Paige negó con la cabeza-. ¿Estás segura, mon. coeur?

La había llamado «mi corazón». Probablemente, fuera una manera de hablar muy normal en Francia, pero a Paige le encantó oírlo de sus labios y supo que iba a recordarlo siempre.

-Sí -dijo con determinación.

Nunca había estado tan segura de algo.

Su cuerpo demandaba que se satisficieran sus necesidades, pero fue

un ramalazo de amor lo que la empujó a agarrarle la mano y ponérsela en la mejilla.

Los últimos miedos virginales desaparecieron a medida que el deseo se apoderó de ella de nuevo con una renovada intensidad.

Marc se giró y cerró la puerta para, a continuación, tomar a Paige en brazos y besarla con ternura en la frente.

-¿Te duelen mucho los hombros y los brazos? -murmuró.

Paige entendió que le estaba dando la oportunidad de pensárselo por última vez. En algún remoto lugar de su cerebro, una voz le advirtió que diera marcha atrás, pero no la oyó.

Sólo podía concentrarse en su olor a limpio y a sal. Tuvo que hacer un esfuerzo para no apoyar la nariz en su pecho e inhalar.

El calor de su cuerpo la alcanzaba con una fuerza tal que evaporó sus miedos y sus defensas. Lentamente, sin dejar de mirarlo a los ojos, le puso la palma de la mano en el pecho y se maravilló de sentir los latidos de su corazón.

-No -contestó-, no me duelen demasiado.

Marc la tomó entonces en brazos y la llevó a la cama. Paige pensó que la iba a tumbar, pero se limitó a mirarla a los ojos.

-¿Estás segura? -le preguntó-. ¿Sabes lo que estás haciendo?

¿Se había dado cuenta de que era su primera vez? A Paige le daba igual.

-Oh, sí -contestó con voz ronca.

Por miedo a que Marc le dijera que lo que estaba a punto de pasar no iba a ser más que un placer momentáneo, lo besó con pasión.

Marc correspondió con el mismo empuje y, mientras lo besaba, Paige aceptó que se iba a arrepentir de aquella rendición, pero supo que se habría arrepentido mucho más si no hubiera hecho el amor con él.

Y, a partir de entonces, no pudo volver a pensar. Lo único que existían eran las sensaciones.

Mucho tiempo después, puso los pies en el suelo. Las piernas le temblaban y tuvo que tomar aire cuando Marc metió las manos bajo la toalla y la manta de baño cayó al suelo dejándola expuesta para él.

Paige se sonrojó levemente y, al suponer que Marc estaría acostumbrado a mujeres con conjuntos de lencería maravillosos, deseó llevar uno puesto.

-Mira -dijo Marc tomándole un pecho entre las manos-. Eres del color de los melocotones -añadió mirándola a los ojos con deseo-. Eres tan bonita y te deseo tanto que me da miedo.

-¿A ti? -dijo Paige sorprendida.

Marc le acarició el necesitado pezón con una maestría que revelaba

su vasta experiencia. Paige dio un respingo de placer.

-¿Tanto te sorprende? -rió Marc-. Cualquier hombre quedaría aterrorizado por tanta belleza -añadió besándola el cuello.

Paige se abrazó a él y lo dejó hacer.

-Quítame la camisa -le indicó Marc.

A Paige le temblaban tanto las manos que apenas acertaba a sacar los botones de los ojales, pero consiguió quitarle la camisa y admirar su torso desnudo con avidez.

-Eres muy... fuerte -suspiró tocándole los músculos.

-No te voy a hacer daño -le prometió él. -Lo sé -contestó Paige

Estaba claro que Marc se había dado cuenta de su falta de experiencia. ¿Tan mal lo estaba haciendo? ¿Tan torpe estaba resultando?

¿Debería decirle que era la primera vez y arriesgarse a que se echara atrás?

No.

-¿Cómo lo sabes? -dijo Marc descansando la mano sobre la suya.

Paige se mordió el labio.

-Porque el dolor es bárbaro y tú eres muy civilizado.

Marc se rió a carcajadas y Paige lo miró sorprendida.

-En estos momentos -dijo Marc apretándole un pecho-, soy todo menos civilizado. Me siento casi primitivo, pero aun así te prometo que no te voy a hacer daño -añadió lamiéndole el pezón.

Paige se quedó atenazada por el indescriptible placer y la intolerable excitación.

-Eres bonita, delicada y frágil como una flor -observó Marc mirándola a los ojos- y, al igual que una flor, tienes fuerza y resistencia.

La tomó en brazos y la depositó sobre la cama. Sonrojada, Paige lo observó mientras se desvestía. No se hacía ilusiones. Sabía que, aunque ella lo iba a amar toda la vida y él la deseaba en aquellos momentos, el deseo de Marc era pasajero.

Decidió hacer el amor con él e irse al día siguiente con su orgullo intacto y ni una mirada hacia atrás.

Marc se tumbó a su lado y la besó. Paige giró la cabeza y lo besó en el hombro. A continuación, lamió aquel mismo lugar. Sabía a sal y eso lo excitó sobremanera, así como los gemidos y las llamas de sus ojos.

Marc la acarició desde el cuello hasta la entrepierna. Paige cerró los ojos y él comenzó a enseñarle la magia que eran capaces de crear dos cuerpos.

Paige había sospechado que Marc iba a ser un buen amante, pero

se había quedado corta. De hecho, entendía su cuerpo mejor que ella misma.

Exploró todo su cuerpo con las manos y con la boca hasta hacerla delirar de placer.

-Marc, por favor... -susurró por fin-. No puedo más...

Marc la besó con ternura y se colocó sobre ella. Sin dejar de besarla, se introdujo en su cuerpo.

Entonces, Paige abrió los ojos y se encontró con los suyos, sorprendidos al principio, pero sonrientes enseguida.

-Lo siento -dijo Marc-. No lo sabía.

-No pasa nada -contestó ella.

-Tranquila -dijo Marc besándola de nuevo. -No puedo estar tranquila. Te deseo demasiado

-confesó Paige.

-¿Y? -dijo él adentrándose en su cuerpo con cuidado hasta hacer caer las barreras naturales. -Y no pasa nada, todo va bien -le aseguró ella. -Muy bien -contestó él llegando a las profundidades de su cuerpo.

Lo que ocurrió a continuación fue de ensueño. Marc no perdió el control en ningún momento y la animó hasta conseguir llevarla al límite.

Paige sintió como si estuviera en lo alto de un precipicio y se tirara al vacío, se entregara al placer más absoluto. En ese momento, sintió una oleada por el cuerpo y un éxtasis que le costó soportar.

Casi inmediatamente, Marc la siguió en el salto al vacío y, sin darse cuenta, la hizo suya para la eternidad.

Antes de quedarse dormida, Paige decidió que, pasara lo que pasara en su vida en el futuro, siempre tendría aquel recuerdo maravilloso al que aferrarse.

Cuando se despertó, estaba oscureciendo y oyó un helicóptero que se aproximaba. Se giró y vio que el otro lado de la cama estaba vacío.

Recordó lo sucedido y se sonrojó.

Mientras se estiraba, pensó que ninguna otra mujer del mundo habría tenido aquella maravillosa introducción al sexo. Marc se había mostrado amable y tierno hasta que el deseo más primitivo se había apoderado de él.

Había sido perfecto. Marc había estado perfecto. Se dio cuenta de que ya no era virgen y sonrió dándose cuenta de que tenía los labios lacerados y la entrepierna, dolorida.

Aunque aquella vez fuera lo único que tuviera de Marc, habría merecido la pena. Era suficiente para toda la vida porque era obvio que no iba a haber ningún otro hombre para ella.

Se dio cuenta de que no estaba dispuesta a vivir como su madre

porque el amor significaba mucho más que una dependencia cobarde.

Miró la marca de la cabeza de Marc en la almohada y lo volvió a desear. Quería verlo perder el control como le había ocurrido a ella. Quería que supiera lo que se sentía cuando uno creía que se rompía por la mitad.

-No va a suceder -dijo en voz alta-, así que quédate con lo que tienes y date con un canto en los dientes.

Si volviera a hacer el amor con él, su autoestima se iría abajo y su corazón se rompería. Marc no había dicho en ningún momento que fueran a estar juntos en el futuro, así que Paige debía controlar el amor que sentía por él.

Decidida a no perderse ni un segundo con él, se levantó y se duchó para ir a ver dónde estaba y aprovechar la última noche juntos.

Marc levantó la vista y vio a Paige yendo hacia la playa.

Parecía desamparada, así que se puso en pie para ir a hablar con ella y reconfortarla. Por suerte, se paró a los dos pasos y volvió a su mesa.

Aquel deseo de hacerle la vida fácil le resultaba sospechoso. Maldijo. Su virginidad lo había dejado sin palabras... y le había halagado sobremanera.

Era la primera vez que había hecho el amor con una virgen y, la verdad, era muy diferente. ¿Y ahora qué?

En ese momento, sonó el teléfono. -¿Sí? -contestó.

-Cariño, llegaré dentro de una hora -dijo Lauren-. Está todo preparado, pero me tienes que firmar un par de documentos. Hasta luego.

Marc colgó y se quedó mirando de nuevo la figura solitaria que avanzaba por el jardín Fancy había salido a buscarla y hacían una bonita pareja bajo los rayos del sol.

Apagó el ordenador y organizó los documentos que iba a necesitar para la reunión que tenía en Londres aquella noche.

Salió al jardín. La brisa de aquella noche primaveral lo envolvió al instante y, cómo no, en el cielo brillaba una bonita luna.

La deseaba de nuevo, pero no iba a poder ser. Lauren estaba a punto de llegar y Paige...

Estaba en la orilla, mirando el mar, muy recta. La vio tomar una piedra y tirarla al agua haciendo que diera cinco saltitos sobre la superficie.

-Has estado practicando, ¿eh? -le dijo.

Paige sintió que el corazón le daba un vuelco y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no tirarse en sus brazos.

-Durante tres meses cuando tenía diez años -contestó con voz

trémula.

-Debe de ser un ritual de esa edad porque yo también aprendí a los diez años -dijo Marc llegando a su lado-. Mi padre me enseñó aquí mismo -añadió tomando un canto rodado y haciéndolo brincar seis veces.

-¿Siempre eres tan competitivo? -le preguntó Paige con sequedad.

Marc se encogió de hombros.

-No estaba intentando ganarte, pero la competitividad es algo que llevo dentro. Me educaron así.

-¿No te daba ventaja? -preguntó Paige aventurándose por la senda de su familia.

-Ni cuando tenía cuatro años y me enseñó a jugar al ajedrez -contestó Marc.

Paige sintió que se le encogía el corazón. -Seguro que no le gustaba perder. Marc se rió.

-La primera vez que lo gané, aceptó la victoria con las mandíbulas apretadas, pero luego lo oí jactarse de ello delante de un amigo. Estaba orgulloso de mí.

-Sí, uno de esos momentos increíbles -comentó Paige-. Como cuando te das cuenta de que controlas tú y no la bicicleta.

Marc asintió sonriente y Paige lo deseó con todas sus fuerzas.

-Ahora entiendo por qué consideras que tu hogar está aquí -le dijo anonadada con el atardecer-. Este sitio es precioso.

«Y lo voy a echar mucho de menos, igual que a ti», pensó.

-Estoy de acuerdo -contestó Marc girándose hacia ella-, pero, si no queremos que la señora Oliver se nos enfade, más nos vale entrar y tomarnos una copa antes de cenar.

-Voy a cambiarme -anunció Paige.

Mientras se ponía una falda y una camiseta sin mangas color bronce que le favorecía mucho, oyó un helicóptero tomando tierra.

¿Quién sería? Se peinó repitiéndose una y otra vez que no tenía derecho a enfadarse.

Antes de entrar en el salón, tomó aire. Sí, oía voces y sospechaba quién había llegado. Cuando abrió la puerta, sus sospechas se vieron confirmadas.

Lauren y Marc estaban de espaldas viendo atardecer.

Sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Aunque no se estaban tocando, había algo en el silencio que compartían que hizo que a Paige se le tensara el cuerpo entero.

Sintió una punzada de angustia en el corazón. Marc le había mentido. Estaba claro que entre ellos había algo, tal y como le había dicho Juliette. No hacía falta que ellos lo dijeran. Era obvio.

Paige no esperaba compromiso por su parte, pero lo había creído cuando le había asegurado que no tenía nada con Lauren. La había traicionado, como había traicionado a Lauren, claro.

¿Es que no se podía confiar en ningún hombre?

Observó a Lauren mirarse en los ojos de Marc y reírse. Al instante, se dio cuenta de que en aquella risa había amor y una inflexión divertida que le dolió tanto o más porque hablaba de confianza y de igualdad.

-¡Oh, Marc, eres tonto! -exclamó Lauren.

Capítulo 11

SIN PENSARLO, cerró la puerta con ruido para hacer que se giraran y así lo hicieron.

Cuando vio cómo la miraban, con aquel vínculo desagradable que había entre ellos, notó que le estaba empezando a hervir la sangre en las venas.

Levantó el mentón con orgullo y fue hacia ellos con decisión.

-¿Qué quieres beber, Paige? -le preguntó Marc como si tal cosa-. Hay vino, jerez y zumo de naranja.

-Zumo de naranja, gracias -contestó temerosa de que, si tomaba algo con alcohol, se le soltara la lengua.

-¿Y tú, Lauren? ¿Lo de siempre?

-Sí, gracias -contestó Lauren sonriendo a Paige.

Para colmo, entendía por qué a Juliette le había caído bien.

-Qué suerte tienes de vivir en Hawke Bay. Cuando estoy en Nueva Zelanda, me encanta probar vuestros vinos, que son maravillosos, sobre todo el sauvignon blanc y el pinot gris -le dijo.

Paige apostó a que aquella mujer tenía mil tópicos de conversación interesantes. Seguro que entendía de vinos, de comida, de libros y de muchas otras cosas.

-No soy una gran entendida, la verdad -contestó Paige forzando una amable sonrisa.

Mientras bebían, Marc se puso a hablar de las nuevas tiendas de vino que habían abierto en Northland y Paige, a quien el tema no interesaba especialmente, lo escuchó con deleite.

«Como una tonta», se recriminó.

Paige decidió que la única manera de sobrevivir a aquella velada, iba a ser tomárselo como si fuera una obra de teatro. Desde que había entrado en el salón, el vínculo entre ellos se le había hecho más y más patente.

Era obvio que se conocían muy bien.

Para cuando la señora Oliver los avisó de que la cena estaba servida, Paige se había dado cuenta de que se le había cerrado la garganta y de que no iba a ser capaz de ingerir ni un bocado.

«Tengo que hacerlo como sea», decidió.

Por eso, cuando Marc le ofreció vino tinto, accedió.

-Pruébalo y dime qué te parece -le indicó.

-¿Es un examen? -se burló ella.

Marc se echó hacia atrás en la silla y la miró. Paige sintió un escalofrío y oyó que Lauren se reía.

-No, es sencillamente que me interesa tu opinión -dijo Marc.

Se llevó la copa a los labios y bebió.

-Tierra -contestó-, ciruelas y un toque de regaliz -añadió-. Si quieres mi sincera opinión, es una buena cosecha con profundidades ocultas -sentenció dejándose llevar por la ira.

La risa de Lauren rompió el silencio.

-Ahí te ha pillado, Marc. Es lo más inteligente que oía hace tiempo.

Marc enarcó una ceja divertido.

-Desde luego, tienes un buen paladar -comentó sonriéndola.

A Paige le costó recordar que aquel hombre encantador era el mismo que le había mentido, la había seducido sabiendo que su amante iba a llegar aquella noche.

-Muchas gracias -contestó intentando controlar su asco.

-Otro logro que añadir a tu lista -observó Marc con ironía.

Paige se sonrojó. ¿Qué había querido decir con eso?

-Tener buen paladar no es un logro -dijo mirando su plato de comida.

-¿Cómo que no? -dijo Marc con cierta frialdad-. Deberías estar orgullosa de tus muchos y variados talentos.

¿Iba a soltar que habían hecho el amor delante de Lauren?

-Lauren se ha fijado en tu estilo y Sherry me ha dicho que tienes buena mano para las plantas.

-Gracias -contestó Paige mirando a la ejecutiva.

Cuando Lauren se puso a hablar de jardinería, no tuvo más remedio que darle las gracias por sacarla del atolladero en el que se había metido.

Mientras hablaban de plantas, se obligó a masticar y a tragar la comida aunque no tenía apetito.

-Tengo un amigo que cría rosas -comentó Marc-. Tal vez, te suene el nombre. Se llama Adam Curwen.

-Sus rosas son maravillosas -contestó Paige-. Son de las mejores, de las más bonitas y olorosas.

-Ya te lo presentaré. Va a venir...

En ese momento, se puso a llover con mucha fuerza y Lauren miró a Marc preocupada.

A pesar de todo, Paige sintió cierta esperanza. Marc había hablado como si fueran a verse en el futuro...

«No», se dijo con ferocidad.

Ella no era como Juliette ni como Lauren, no estaba dispuesta a compartirlo. Aquello significaría morir en vida, renunciar a su integridad y al respeto por sí misma.

-Es una pena que haya llovido tanto mientras has estado aquí -

comentó Lauren cuando pasó el aguacero.

-La verdad es que me lo esperaba, pero entre chaparrón y chaparrón ha hecho un tiempo precioso -contestó Paige sin mirar a Marc.

-El agua tiene muchos beneficios -apuntó Marc bebiendo vino-. Da fertilidad y abundancia, para empezar.

A Paige se le cayó el tenedor cuando el pareció que detrás de sus palabras había una segunda intención.

«¡Para!», se dijo a sí misma.

No era lógico pensar que detrás de todo lo que dijera iba a haber un segundo significado.

-Todo en Nueva Zelanda, por lo menos lo que yo conozco, es precioso -intervino Lauren-. Incluso las ciudades.

-Sí, tenemos suerte, la verdad -contestó Paige agradecida por el cambio de tema-. De las ciudades que conoces, ¿cuál es la que más te gusta?

-París -contestó Lauren sin dudarlo.

De pronto, sonrió brevemente y pareció vulnerable.

-¡Pero hay otras y lo que más rabia me da es que no me va a dar tiempo a conocerlas todas en una vida! -rió pasando a hablarle de otras muchas ciudades que le gustaban.

Mientras se preparaba para meterse en la cama, Paige rezó para que no se le hubiera notado nada. Creí que había conseguido comportarse como una adulta que jamás hubiera besado ni tocado a Marc, que jamás hubiera estado en su cama ni le hubiera entregado todo lo que poseía.

Después de cenar, Marc le había preguntado con educación si quería ver una película y ella le había contestado, con la misma educación, que estaba cansada y prefería irse a dormir.

-¿Qué tal tus hombros? -le había preguntado él poniéndose en pie.

-Mejor -había contestado ella.

-Vuelve a ducharte y deja correr el agua de nuevo. -Gracias.

«Sólo doce horas más de farsa», se había dicho mientras los sonreía e iba hacia la puerta.

Sentada en la cama, se preguntó cómo iba a pasar aquella noche.

Tenía una amarga sensación de pérdida. ¡Qué estupidez! ¿Cómo le podía doler perder algo que nunca había sido suyo? Se sentía culpable de alguna manera después de haberlos visto juntos, pero también sentía unos celos terribles.

«Obsesionarme no me va a servir de nada», se dijo yendo al baño.

No estaba dispuesta a entregarse al dolor ni a la autocomplacencia de la lástima. Ya encontraría el valor para seguir viviendo. La llegada

al mundo del sexo de la mano de Marc había sido maravillosa y debía aprovecharla.

Se miró en el espejo y se dio cuenta de que con él había pasado de la inexperiencia al conocimiento de su cuerpo y de su placer.

-Ya sabes que la vida puede ser dura -le dijo a su reflejo-. Tienes que aprender a vivir con ello.

No le quedaba más remedio porque no lo iba a volver a ver.

Intentó no llorar al recordar cómo habían hecho el amor, cómo había esperado que aquello cambiara algo en él.

De repente, se le ocurrió una idea. ¿No sería que el vínculo que había entre Lauren y él era la amistad que quedaba tras el amor?

Sintió que el corazón le volvía a la vida, pero negó con la cabeza. No, ya se había engañado suficiente. Había que afrontar la verdad.

Y la verdad, por mucho que le doliera, era que no había nada que hacer con Marc.

Decidió que, una vez en Napier, recogería los pedazos de su pobre corazón y los pegaría de alguna manera. Buscaría un trabajo y, desde luego, no volvería a enamorarse. El amor era peligroso.

Aunque la idea de no vivir con él la desesperaba, tenía que ser fuerte y superarlo. No podía ser como su madre, no podía pasarse la vida suspirando por un hombre en el que no podía confiar.

Mientras se duchaba, pensó que se iría a la tumba pensando en él.

-No seas tan melodramática -se reprochó.

Lloró amargamente en la ducha, dejando que sus lágrimas se mezclaran con el agua, y decidió que no volvería a hacerlo.

Tras lo que le parecieron horas de dar vueltas en la cama, abrió los ojos y se quedó mirando la luna, que entraba por las rendijas de las persianas.

Encendió la luz y vio que sólo llevaba media hora en la cama.

Aquella noche iba a ser la más larga de su vida.

-Sí, muy bien. Se te da muy bien. Ese injerto va a salir bien.

Paige se sonrojó. No era normal que el jardinero se explayara en halagos.

-No sé para qué quieres ir a la universidad -apuntó el hombre mirando la rosa-. Menuda pérdida de tiempo. Para criar flores hay que saber lo que las flores necesitan y eso sólo se aprende criándolas. Aparte, hay que tener instinto, persistencia y buen ojo y tú lo tienes todo.

Paige también había pensado que, tal vez, el dinero que le había dejado Juliette podría emplearlo en algo mejor que ir a la universidad.

-No tengo que decidirme hasta dentro de un par de meses -contestó.

-Muy bien, pero que conste mi consejo. Lo estás haciendo de maravilla. No te olvides de limpiar el cuchillo.

-No me olvidaré.

El hombre se giró para irse, pero se paró nuevamente.

-Ya sabía yo que había venido para decirte algo. Hay un hombre ahí fuera que quiere hablar contigo.

Paige llevaba tres meses intentando quitarse de la cabeza la fantasía de que Marc iba a aparecer de nuevo en su vida, pero allí estaba otra vez, jugando con su cordura.

«Ya basta», se dijo.

Estaba consiguiendo vivir teniendo ilusiones y haciendo planes y no podía permitir que una estúpida obsesión diera al traste con su existencia.

-¿Quién es? -preguntó.

-No lo conozco -contestó el jardinero.

Paige miró el reloj.

-No había quedado con nadie, así que va a tener que esperar.

-No creo que por diez minutos pase nada -contestó su jefe-, pero has estado trabajando a la hora de comer, así que vete cuando quieras.

Paige tardó diez minutos en lavarse las manos y guardar las herramientas. Se peinó sin mirarse en el espejo porque no quería verse las ojeras y la tristeza y salió del trabajo dispuesta a llegar a casa en bicicleta.

Al doblar la esquina, sin embargo, sintió que le faltaban las fuerzas. Sólo un hombre sobre la faz de la tierra podía tener aquel coche.

Marc la había visto y salió del vehículo. -Paige -dijo con naturalidad-. ¿Cómo estás? -Sorprendida -acertó a contestar. «Y sucia y enfadada», añadió para sí.

Sí, tenía que ser enfado lo que le había de vuelto el color a sus mejillas y la energía a su cuerpo.

-¿Sorprendida? ¿Por qué? -dijo él enarcando una ceja-. ¿Creías que la fría despedida que me dispensaste en el aeropuerto de Kerikeri iba a ser lo último que iba a haber entre nosotros?

Paige lo miró como si fuera un extraterrestre y Marc se dio cuenta de que, obviamente, no había esperado volverlo a ver.

Sabía por qué: todos los hombres de su vida la habían abandonado y él había hecho exactamente lo mismo.

Había adelgazado desde la última vez que la había visto y tenía ojeras, pero la seguía deseando tanto o más que entonces.

Más.

-Creo que pasó entre nosotros todo lo que tenía que pasar -contestó

levantando el mentón con orgullo.

-¿Ah, sí? -contestó mirándola a los ojos.

-Sí -insistió Paige-. Si no te importa, me tengo que ir, llego tarde.

-Te llevo a casa -se ofreció él.

-No, gracias -contestó Paige-. Necesito la bicicleta para venir mañana por la mañana.

-¿Trabajas los domingos?

-Eh, no, el lunes -contestó Paige sintiéndose como una idiota por haber olvidado que era sábado.

-La bici cabe en el maletero.

-Sí, pero te arañaría la pintura -se rió Paige sin ganas.

-¿Y qué? -dijo Marc con indiferencia.

-Y que no quiero que me lleves a casa -le espetó Paige presa de la ira

-Necesito hablar contigo...

-¿Y qué hay de lo que yo necesito?

-Tú también lo necesitas -contestó Marc con arrogancia.

-Sí, como pegarme un tiro -dijo Paige-. Si lo que quieres es cerciorarte de si estoy bien, como puedes comprobar, lo estoy -añadió con desdén-. Estoy encantada de trabajar aquí y estoy aprendiendo mucho. Sherry y Brodie viven en el campo y están encantados.

-¿Estás embarazada? -le espetó Marc.

Paige apretó el manillar de la bici. ¿Cómo no se le había ocurrido? A pesar de que habían tomado precauciones, Marc Corbett no podía dejar ningún cabo sin atar. ¡Un niño sería un gran incordio!

-No -se limitó a contestar Paige. -¿Seguro?

Paige lo miró a los ojos con dureza.

-Al cien por cien. ¿Y si lo hubiera estado qué habrías hecho?

-Casarme contigo -contestó Marc muy serio.

Paige lo miró con los ojos muy abiertos.

-Ni siquiera tú puedes hacer lo imposible -le espetó al recobrarse de la sorpresa-. Si estuviera embarazada, no me casaría contigo, pero eso da igual porque no lo estoy. Vuélvete a tu mundo y déjame en paz.

Marc agarró la bicicleta por el manillar para que no se fuera.

-Una vez me preguntaste que si Juliette había sido feliz -dijo-. Ahora, te lo pregunto yo a ti. ¿Eres feliz?

-Suelta la bici, por favor -contestó mirándolo a los ojos con determinación.

-Me gustaría explicarte un par de cosas.

-Ahora, no tengo tiempo. Tengo que irme a casa porque tengo que estar en otro trabajo dentro de una hora -mintió para que la dejara ir.

Tenerlo tan cerca estaba derritiendo su determinación por

momentos. Por mucho que quisiera negárselo a sí misma, lo amaba y aquello la aterraba.

-Si dejas que te lleve a casa, ganarás tiempo -insistió Marc-. Venga, ya meto yo la bici en el maletero.

Paige lo miró, se dio cuenta de que no se iba a mover y pensó que, tal vez, aquella conversación sería lo mejor para sacárselo del corazón...

-¿Así conseguiste llegar a ser un hombre de negocios? -se burló-. ¿Acosando y agobiando?

-Prefiero llamarlo perseverancia -contestó él metiendo la bicicleta en el coche.

-¿Qué es tan importante que has venido hasta aquí? -le preguntó Paige mientras iban hacia su casa.

-Te lo diré cuando lleguemos a tu casa -contestó Marc con una serenidad que a Paige la sacó de quicio-. ¿Qué has estado haciendo este tiempo?

Paige sintió deseos de gritar, pero apretó las mandíbulas y se concentró en la carretera.

-Trabajar -contestó- y jugar con Brodie cuando él y su madre vienen a verme. Ha crecido mucho... ya se sienta y se ríe. ¿Qué tal está Lauren?

-Muy bien -contestó Marc-. Te manda recuerdos.

-Ah -dijo Paige mirándolo desconcertada.

-¿Por qué has tomado dos trabajos?

-Porque tengo que ahorrar todo lo que pueda para el curso académico -contestó Paige encogiéndose de hombros.

-¿Y qué tipo de trabajo es ese que tienes que ir el sábado por la tarde?

-Eh, bueno, sí... limpio oficinas -mintió apartando la mirada avergonzada.

Extrañamente, Marc no dijo nada y eso que su madre siempre le había dicho que era la peor mentirosa del mundo.

Capítulo 12

UNA VEZ en su casa, Paige anunció que se iba a duchar.

-Yo, mientras, voy preparando café -contestó él mirando hacia la cocina-. Vaya, me alegra ver que utilizas la tetera que te regalé.

-Sí -contestó Paige sin demasiada emoción.

Tras ducharse en tiempo récord, se puso unos vaqueros limpios y una camiseta verde oscura. Con dolor, se dio cuenta de que por primera vez desde que se había ido de Arohanui parecía humana de nuevo.

Le brillaban los ojos, tenía las mejillas sonrosadas y su corazón bombeaba sangre a tal ritmo que se sentía viva y capaz de hacer cualquier cosa.

Pero, cuando Marc se fuera, volvería a lo de antes.

¿Y? Podría con ello.

Echó los hombros hacia atrás y entró en el salón. Marc la estaba esperando y le dio una taza de café.

-Cuando te dije que le había sido fiel a Juliette, te mentí -confesó.

-Ya lo sé -contestó Paige.

-Pero no sabes por qué.

Paige tuvo que morderse la lengua. Quería oír de su propia boca que había sido porque estaba enamorado de Lauren.

-Cuando te conocí, me bastó con mirarte para desearte. Fue un coup de foudre.

Paige lo miró confusa.

-No entiendo.

-Un flechazo -le tradujo Marc-. Me asusté mucho porque me di cuenta de que, además, no había sido sólo yo. No niegues con la cabeza. ¿Te crees que no me doy cuenta cuando una mujer me desea? Pues claro que sí, aunque sea una niña de diecisiete años virgen que no sabe lo que le ha pasado. Hiciste todo lo que pudiste para ocultarlo y lo conseguiste de cara a los demás, pero yo lo sabía y me sentí furioso y humillado porque no era más que deseo loco y elemental.

-Sí... -dijo Paige.

Desde luego, no había esperado aquellas palabras. Le iba a decir que, cuando se habían acostado, había conseguido quitarse de la cabeza una vieja obsesión.

La idea le dio náuseas.

«Sigue», le dijo mentalmente. «Dime lo que has venido a decirme y vete, por favor».

Apretó los dientes y se quedó mirando el café.

-Decidí ignorarte -continuó Marc-. Me había casado con Juliette y

tenía intención de serle fiel, pero no podía olvidarte. Me acompañabas en mi cabeza y en mi corazón como un talismán, el recuerdo de algo maravilloso que no me había sucedido nunca. No sé si Juliette se dio cuenta, pero supongo que por eso creyó que Lauren era mi amante.

-¡Oh, no! -exclamó Paige.

-Nunca lo supo -le aseguró Marc-. Siempre fuiste su mejor amiga, no te preocupes. Desde el principio, los dos tuvimos muy claro que nuestro matrimonio era una unión práctica. Ella no me quería y sabía que yo a ella, tampoco. Me gustaba mucho y sabía que la podía hacer feliz. Nunca se me pasó por la cabeza que pudiera creer que tenía una aventura con Lauren.

-¿Cómo que no? -le espetó Paige, dispuesta a no creerlo-. No hay más que veros juntos para darse cuenta de que entre vosotros hay amor y confianza. Si no es tu amante, ¿qué es tuyo?

Marc no contestó al instante. Paige no podía mirarlo. Esperó en agonía oyendo la sangre que se le había agolpado en las sienes.

-Te pido que jamás repitas lo que te voy a decir porque es confidencial. Tengo su permiso para contártelo, así que te lo voy a contar. Lauren es mi hermanastra.

-¿Tu hermanastra? -repitió Paige sin dar crédito.

-Su madre y mi padre tuvieron una relación y nació ella -le explicó Marc-. No quiere que nadie lo sepa porque sus padres siguen vivos y su padre cree que es hija suya. Lauren lo adora y el hombre tiene mal el corazón. Teme que, si se entera, la noticia acabe con su vida.

Sorprendida, Paige dio un trago de café para reponerse.

-¿Cómo se enteró?

-A los veintidós años, tuvo una grave enfermedad y... yo le doné médula ósea.

-¿Y su padre no se enteró?

Marc negó con la cabeza.

-Su madre estaba desesperada y se puso en contacto conmigo con la esperanza de que pudiera ser donante. Por suerte, éramos compatibles y fui su donante. A su marido le dijo que había sido una donación anónima. Lauren me pidió que no se lo dijera a nadie. Ni siquiera Juliette lo supo nunca. Lauren trabaja conmigo porque es eficiente en su trabajo y la persona más leal que tengo.

-No me extraña. Le has salvado la vida -apuntó Paige-. Ahora que lo dices, os parecéis -añadió fijándose en su rostro y recordando el de Lauren-. Y los dos enarcáis la ceja izquierda.

-Juliette nunca se dio cuenta de eso -apuntó Marc.

-Pero sí se dio cuenta de que algo no marchaba bien en vuestro matrimonio -dijo Paige retorciéndose las manos-. Me siento culpable.

Marc la miró como si se hubiera vuelto loca.

-¿Porqué?

-Porque, si me seguiste deseando mientras estabas casado con ella...

-Sigue.

Las palabras no querían salir, pero Paige las forzó.

-No puedo soportar la idea de que Juliette fue infeliz por mi culpa.

Marc tomó aire y se pasó los dedos por el pelo.

-No fuiste tú sino yo -le aseguró.

-Yo también te deseaba -confesó Paige

-Deja de mirarme como si fuera el enemigo -le suplicó Marc acercándose a ella-. Siéntate. Estás como si te hubiera pasado una apisonadora por encima -le indicó.

Paige obedeció a regañadientes.

-Necesito hablarte de mi matrimonio y, para hacerlo, te tengo que hablar de mi familia -continuó Marc tras mirar por la ventana-. Para empezar, mi padre era famoso por sus aventuras amorosas.

Paige se dio cuenta de que aquello le estaba costando un gran esfuerzo.

-Mi madre lo adoraba y no pudo soportar sus relaciones extramatrimoniales. Como no pudo convencerlo para que le fuera fiel, intentó suicidarse, que yo sepa, tres veces.

Paige ahogó un grito de sorpresa.

-De joven, decidí que jamás pondría a una mujer en semejante situación -dijo Marc-. No quería tener nada que ver con el amor. Quería un matrimonio en el que todo estuviera muy claro.

-Entiendo -dijo Paige sinceramente.

Comparado con lo que estaba oyendo, su padre había sido un santo. Al menos, él se había quedado con su segunda mujer hasta la muerte.

-Elegí a Juliette porque le encantaban los niños, sabía comportarse en mi mundo y era inteligente y buena. Además, era guapa, así que... acostarme con ella sería un placer.

-¿Hiciste una lista o qué? -le espetó Paige.

Marc apretó los dientes.

-Casi -contestó-. También porque, aunque me encontraba sexy e interesante, no me quería. Tú te has dado cuenta de que Lauren y yo nos parecemos. Juliette jamás se dio cuenta. ¿Te da eso una idea de cómo era nuestro matrimonio?

Paige se mordió el labio.

-Se me dan bien las caras.

-¿De verdad es sólo por eso?

Paige se sonrojó.

-Sabía que con ella no iba a perder el control, no iba a haber pasión destructora, no iba a tener que entregarle el corazón a alguien que podía tratarlo con tan poco tacto como mi padre había tratado el de mi madre. Elegí el camino fácil, seguro y cobarde -sentenció-. Me estuvo bien empleado conocerte dos días antes de la boda y enamorarme de ti tan profundamente que me dio miedo.

Paige lo miró con la boca abierta.

-No creo en el amor a primera vista, pero eso fue exactamente lo que me sucedió -continuó-. Me casé con Juliette porque me había comprometido a hacerlo y porque sabía que iba a estar a salvo. Si no hubiera muerto, seguiría casado con ella.

Paige sintió cierta esperanza. Aquel hombre mantenía sus promesas, le costara lo que le costara.

-Me apena mucho saber que ella creía que le era infiel -observó-. Aunque creía haberla convencido de que no era así, sé que ella se contentó con lo que le di porque creía que era suficiente. Igual que yo creía que nuestra unión era suficiente.

Paige lo miró muy seria.

-Cuando te vi. saliendo del local de Sherry, supe que me había engañado durante seis años. La pasión con la que creía haber terminado, seguía ahí. Y a ti te pasó lo mismo. Lo supe cuando te miré a los ojos.

-Eso no es amor -contestó Paige con voz trémula.

-Puede que no, pero he ido descubriendo que, además de deseable, eres buena, voluntariosa, vivaz e inteligente -dijo Marc-. Y que quiero vivir contigo hasta que me muera. ¿Eso es amor, Paige? Si lo es, estoy enamorado de ti.

-¿De mí? -dijo Paige sin poder creer lo que estaba oyendo.

-Por supuesto. La pasión es maravillosa y, cuando hicimos el amor, me di cuenta de que nunca había sentido algo así por otra mujer, pero eso es sólo una parte de lo que siento por ti.

Paige se levantó y fue hacia él con lágrimas en los ojos.

-Si me quieres, ¿por qué me dejaste irme de Arohanui? ¿Por qué no te has puesto en contacto conmigo en estos tres terribles meses? Sabías lo que sentía por ti, pero...

-Pero no quería alimentar esa necesidad -dijo Marc tomándola de los brazos-. Tenía miedo de ser como mi madre, débil y dependiente, celosa y esclava del amor. Por eso te dejé ir, pero pronto me di cuenta de que, sin ti, no hay nada -le explicó-. Espero que tú también me quieras. Eras virgen y te entregaste a mí. No creo que lo hicieras sólo por deseo físico.

Paige se sonrojó.

-No -admitió-, pero no creo que fuera una buena esposa para ti.

-Lo sé -dijo Marc-. De hecho, creo que lo perdería todo porque no puedo dejar de pensar en ti.

Paige sonrió.

-No creo que tu madre...

-Mi madre quiere que sea feliz y, cuando nos vea juntos, verá que lo soy.

-No sé si es tan sencillo, Marc, y lo sabes-protestó Paige mirándolo a los ojos y viendo su resolución.

-Lo que sé es que juntos podemos hacer lo que queramos, lo que sé es que mi vida sin ti no tiene sentido. Si no quieres vivir en mi mundo, estoy dispuesto a seguirte y vivir donde tú quieras.

Paige sintió lágrimas resbalándole por las mejillas.

-No, te aburrirías -sonrió-. Además, no serías feliz y yo quiero que lo seas -añadió tomando aire-. Estoy dispuesta a aprender a vivir en tu mundo. No te preocupes, aprendo rápido.

-Mi madre te ayudará -le prometió Marc sin abrazarla.

Quería que fuera ella quien rompiera todas las barreras y se lanzara al vacío y así lo hizo.

-Te quiero -le dijo en un hilo de voz-. Siempre te he querido y quiero hacerte feliz. Si es suficiente...

-Quiero más -la interrumpió Marc-. Yo quiero cuidar de ti para que nunca enfermes, para nunca estés triste, para que nunca...

-Oh, Marc, no me puedes prometer cosas así.

-Lo sé -rió él abrazándola con fuerza-, pero lo voy a intentar, mi amor.

-Yo, también -contestó Paige convencida, por fin, de que podía confiar en aquel hombre.

-Te prometo que, si te casas conmigo, estaremos siempre juntos y que, cuando hagas híbridos y le pongas mi nombre y el de nuestros hijos, seré el hombre más feliz del mundo.

Paige lo besó y, a continuación, sobraron las palabras.

Mucho más tarde, tumbada entre sus brazos, le acarició la cara.

-Confiesa que fuiste tú quien le consiguió el trabajo a Sherry.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó Marc sorprendido.

-Porque me pareció mucha casualidad y, además, porque no es fácil encontrar a una familia dispuesta a no tener en cuenta que ha sido bailarina de desnudo y dejar que cuide a sus hijos.

-Son amigos míos -confesó Marc-. Están encantados con ella, ¿sabes?

-¿Por qué lo has hecho? -le preguntó Paige orgullosa de él.

Marc se encogió de hombros.

-Me cayó bien y pensé que se merecía una oportunidad, pero sobre todo porque tú estabas preocupada por ella.

-¿Y la herencia de Juliette?

Marc se mordió los labios.

-También fuiste tú, ¿verdad?

-Veo que no voy a poder tener ni un sólo secreto -sonrió Marc.

-Te quiero -le repitió Paige por enésima vez agradecida porque el destino los hubiera vuelto a unir-.

Ojala no hubiera creído nunca que eras un monstruo.

-Estás a tiempo de compensarme por ello -contestó Marc acariciándole un pecho.

-¿Ah, sí? -rió Paige-. ¡No sabes cuánto me alegro! Quererte y saber que me quieres le da a la vida una nueva perspectiva, ¿sabes?

-Bien, me alegro de oír eso. No sabía si ibas a ser capaz de confiar en mí lo suficiente como para quererme. Tu padre os abandonó, tu jefe intentó sobrepasarse contigo y el primo de tu madre murió sin dejaros nada. Para colmo, yo mismo te di la espalda y me casé con Juliette por puro miedo. .

-Me enamoré de ti hablando por teléfono en Arohanui -confesó Paige-. Te quería antes de saber que le habías guardado el secreto a Lauren y de que le fuiste fiel a Juliette. Ya ves, me enamoré de ti antes de saber que podía confiar en ti.

-No creo en el destino, ¿sabes?, pero claro tampoco creía en el amor a primera vista y mira.

Tal vez, el destino quiso que nos volviéramos a encontrar para que nos enamoráramos y vivamos una feliz vida -concluyó besándola.

Se casaron en la isla en compañía de la madre de Marc, Lauren, Sherry y unos cuantos amigos íntimos.

Fue una ceremonia sencilla al término de la cual Paige subió a la habitación en la que había dormido en aquella casa por primera vez. Se quitó el vestido color perla y se puso ropa cómoda ya que se iban de luna de miel.

La iban a pasar en una isla que Marc tenía en Tahití, en París y en Venecia.

Se puso unos pantalones color crema con una blusa a juego y se quedó mirando el precioso solitario de zafiro que Marc le había regalado. Era del mismo tono que sus ojos y le recordaba el compromiso que había adquirido con ella.

Además de confiar en él y de haberle entregado su corazón, Paige sabía que podía contar con el respaldo de su suegra, algo que para ella era muy importante.

En su primer encuentro, la señora Corbett la había abrazado y pocas semanas después había confesado que Paige era la mujer ideal para su hijo.

Además, se había hecho muy amiga de Lauren.

Casarse con Marc le había conferido la alegría de volver a tener una familia. ¡Y había otros por llegar!

Sonrió al pensar en niños que enarcarían la ceja izquierda, como su padre. Tomó si bolsa y se disponía a salir cuando llamaron a la puerta.

-Adelante -dijo.

Era la señora Oliver y parecía compungida.

-Le prometí a la anterior señora Corbett que le daría esto si alguna vez se casaba con Marc -dijo entregándole un sobre.

Paige sintió un escalofrío por la espalda y sonrió al ama de llaves como si no pasara nada, pero estaba muy nerviosa.

En cuanto se quedó a solas, leyó la carta.

Querida Paige:

Si estás leyendo esto es porque llevo muerta, por lo menos, dos años y porque te has casado con Marc.

Quiero que sepas, ante todo, que cuentas con mi bendición.

Me siento un poco idiota escribiendo esto, pero lo necesito. Hace poco, tuve un sueño. Estaba flotando en una barca llevada por cisnes con flores alrededor. Aunque era todo muy extraño, estaba emocionada y feliz porque sabía que iba a un lugar maravilloso donde iba a conocer a alguien estupendo.

Entonces, Marc y tú salisteis de la neblina y me mirasteis. Tú estabas llorando y Marc tenía una expresión muy seria, la que pone cuando no quiere que nadie sepa lo que está pensando.

Ambos estabais envueltos en un brillo radiante. Intenté deciros que no os preocuparais, que no me llorarais, pero no me podía mover ni podía hablar.

Paige sintió que se le encogía el corazón. Apartó las hojas un momento, tomó aire y siguió leyendo.

Supe que las cosas debían ser así.

Lo supe en el sueño y lo supe cuando me desperté. Ya sé que sólo era un sueño, pero si no fuera así, querida Paige, sé que ahora estarás leyendo estas palabras y estarás junto a Marc, haciéndoos felices el uno al otro.

Por eso, te dejé el brazalete con ciertas condiciones. Quería que te quedaras una semana en la isla para que os conocierais, pero tenía que ser

después de que hubiera transcurrido algún tiempo desde mi muerte para que no os sintierais culpables.

Decidí que dos años era suficiente.

Había firmado tras desearles «todo mi amor» y había añadido algo más.

Por cierto, Marc me ha dicho que no tiene ninguna relación con la ejecutiva inglesa y lo creo. Hay una gran complicidad entre ellos, pero no es romántica ni sexual.

Querida Paige, sé muy feliz.

Paige seguía llorando cuando Marc entró en la habitación.

-¿Qué te pasa?

Paige le entregó la carta. Marc frunció el ceño y la leyó.

-Nunca me dijo nada de esto... -dijo abrazándola.

-Espero que se despertara después del accidente en su barca llevada por cisnes -dijo Paige abrazándolo también.

-Espero que ese sueño la ayudara a enfrentarse a la muerte -contestó Marc-. Me alegro de que quisiera vernos juntos. Se debió de dar cuenta de nuestra afinidad de alguna manera, inconscientemente...

Paige asintió.

-Cuando murió, me dije que esperaría los dos años que debía esperar para entregarte el brazalete y, así, terminaría con mi obsesión. Pero, cuando te vi. , comprendí, que era imposible acabar con ella porque no era una obsesión sino amor. En aquellos momentos, no quise admitírmelo a mí mismo porque tenía miedo.

-¿Tú miedo?

-Sigues sin darte cuenta de lo mucho que significas para mí -contestó Marc apartándole un mechón de pelo de la cara-. Si fuera poeta, encontraría maneras nuevas de decirte lo que siento, pero sólo puedo decirte que te quiero y que me voy a pasar la vida intentando convencerte de que esas dos palabras contienen todo lo que es importante para mí.

Paige lo miró a los ojos feliz.

-Yo también te quiero -le dijo-. Te quiero con todo mi corazón y siempre te querré.

-Vamos -dijo Marc besándola en la punta de la nariz-. Tenemos toda una vida por delante para descubrir todas y cada una de las facetas de nuestro increíble amor. Estoy deseando empezar.